
SECCION DOCTRINAL.

DOS PALABRAS

acerca de los caracteres generales de la filosofía escolástica y de la filosofía alemana (1).

Los krausistas y hegelianos españoles, que de algunos años á esta parte hacen perseverantes esfuerzos por inocular y arraigar en nuestra patria las teorías, doctrinas y tendencias de la filosofía trascendental, ó mejor dicho, del panteísmo germánico en sus varias fases y manifestaciones, suelen engañar á los incautos, y acaso alguno de ellos se engaña á sí mismo, pronunciando frases sonoras sobre el gran movimiento impreso al espíritu humano por la filosofía alemana. Al efecto, después de ensalzar la grandeza, la armonía y la universalidad que brillan en la misma y constituyen sus caracteres propios, concluyen por la afirmacion, á sus ojos indudable y fuera de toda controversia, de que la filosofía alemana es la expresion suprema y última de las fuerzas del espíritu humano en el orden filosófico. Mas, ¿qué digo? La filosofía alemana encierra en su seno y expresa la última palabra de la ciencia, no sólo en el orden filosófico, sino en todos los órdenes y ramos del saber humano. La religion, la moral, el derecho, el arte, la historia, la filosofía de todas estas cosas y la filosofía propiamente dicha, todo halla su explicacion filosófica y su razon *à priori* en la universalidad y unidad panteísticas de la filosofía alemana, la cual, por consiguiente, no es otra cosa en realidad sino

(1) Hoy que se halla en la corte el ilustre autor de este artículo, le insertamos en nuestra REVISTA, aunque ya vió la luz en las columnas de un papel diario católico de Madrid.

la esencia universal, la ciencia única y verdaderamente trascendental. Ni es extraño que sus partidarios y admiradores la apelliden tal: para ellos y para la filosofía alemana, el hombre es el verdadero Dios, y la ciencia universal, la ciencia única y trascendental, es un atributo necesario de Dios. Sentadas las premisas, es preciso llegar hasta las conclusiones.

Excusado es decir que esta ciencia trascendental, esta filosofía alemana, que no se distingue, ciertamente, por la modestia de sus pretensiones, mira con cierto desdén, ya que no con supremo desprecio, lo que se llama filosofía escolástica. Para los flamantes krausistas y hegelianos españoles, la filosofía escolástica no es más que uno de tantos sistemas filosóficos como registra la historia de la filosofía, un sistema sin importancia científica, que debia desaparecer para siempre, al levantarse sobre el horizonte científico y literario la filosofía trascendental, ciencia verdadera, universal y definitiva. Profundidad de doctrina, elevación de miras, armonía y universalidad en cuanto al fondo y forma del sistema filosófico, solución general de todos los problemas de la ciencia, del arte, de la religión, de la historia, hé aquí lo que caracteriza y distingue á la filosofía alemana, al paso que nada de esto se encuentra en la filosofía escolástica, la cual, al decir de los partidarios de la primera, sólo nos ofrece un movimiento parcial, incompleto, limitado, y hasta vulgar en el fondo y en la forma.

Por lo demás, nada más lógico y natural que la repugnancia y aversión de la filosofía alemana con respecto á la filosofía escolástica, toda vez que la primera constituye la antítesis más completa y radical de la segunda. La filosofía alemana es esencialmente la filosofía del panteísmo; la filosofía escolástica encierra la negación radical y absoluta de todo panteísmo. La primera, bajo una forma ú otra, establece la identidad sustancial de los seres, la identificación de Dios con el mundo y con el hombre, la unidad absoluta de sér; la segunda establece la multiplicidad real de los seres, la distinción absoluta, real, sustancial y personal entre Dios y todos los demás seres. Para la primera la creación es una palabra vana y sin sentido, una contradicción, un absurdo; porque el mundo, el hombre, y

todo lo que llamamos seres finitos, son modificaciones y manifestaciones parciales, sucesivas, pero absolutamente necesarias, de la sustancia única. Para la segunda la creacion *ex nihilo* encierra la solucion verdadera del problema acaso el más universal, más necesario, más formidable y más trascendental de la filosofía; la creacion es la accion inefable por medio de la cual Dios, sér infinito y Omnipotente, saca del abismo de la nada al mundo, al hombre, á todos los seres finitos, comunicándoles una existencia positiva, física y real, pero distinta, real y sustancialmente de la sustancia divina y separada de ésta por toda la distancia inconmensurable que media entre lo infinito y lo finito; y esto por medio de una operacion completa y absolutamente libre por parte de Dios, el cual, si llamó á la existencia, al mundo y al hombre, fué porque así plugo á su infinita bondad, pudiendo haberlos dejado sepultados por siempre en el abismo de la nada.

La primera presenta á nuestro culto y á nuestra adoracion, ó un Dios criado y producido por nosotros mismos, como en la teoría de Fichte, ó ún Dios en potencia ó *in fieri*, que se forma paulatinamente, que adquiere la existencia actual por medio de trasformaciones sucesivas, á la vez que necesarias, que llega, en fin, á la conciencia y posesion de sí mismo en el hombre y por el hombre, como en la teoría hegeliana; en una palabra, la filosofía alemana es una filosofía esencialmente ateista, toda vez que un Dios producible por el hombre es un absurdo palpable, ó mejor dicho, es la negacion pura y simple de Dios, es el ateismo real y verdadero. La filosofía escolástica, por el contrario, es esencialmente teista; para ella Dios es el sér infinito, con infinidad actual, independiente y absoluta; existe en sí mismo y por sí mismo desde toda la eternidad; excluye necesariamente toda idea de progreso subjetivo ó de perfectibilidad personal, porque es acto purísimo, actualidad suma é infinita, *ipsum esse subsistens*, como decia Santo Tomás, y por consiguiente un sér que contiene esencialmente todas las perfecciones posibles, que excluye esencialmente toda mutacion subjetiva, y que envuelve esencialmente la negacion de toda potencialidad, de todo cambio, de todo progreso, de toda perfectibilidad.

No descenderemos á otros pormenores; no extenderemos á otras materias este parangon entre las afirmaciones de la filosofía alemana y las afirmaciones de la filosofía escolástica. Creemos que lo dicho basta para que se reconozca que estas dos filosofías se hallan separadas por una distancia inmensa, por la distancia casi infinita que media entre la afirmacion y la negacion, entre el sér y la nada, entre el teismo cristiano y el ateismo panteista. Y lo hasta aquí consignado basta tambien, ya que no para justificar, á lo ménos para explicar el menosprecio y desdén con que la filosofía alemana suele hablar de la filosofía escolástica.

Empero, por más que las sencillas reflexiones que preceden sean más que suficientes para que todo hombre sensato reconozca que la filosofía escolástica merece la preferencia, por más de un título, sobre esa filosofía que se nos presenta y predica por algunos como el *desideratum* de la ciencia, como el último esfuerzo y la expresion suprema de la razon humana, no estará por demás, ni esquivaremos por nuestra parte el entrar en consideraciones más concretas sobre esta materia. Veamos lo que significa y lo que vale esa decantada filosofía alemana, bien sea considerada en sí misma, bien sea con relacion al cristianismo; porque ello es cierto que no pocos de los que entre nosotros se manifiestan partidarios y admiradores de la filosofía alemana, pasan plaza de cristianos, y lo que es más, de católicos.

En la imposibilidad de examinar en un artículo de periódico la filosofía alemana, ni en conjunto, ni en todos sus sistemas ó manifestaciones, lícito nos será tomar como término de comparacion y exámen la filosofía de Hegel. Y en verdad que no se nos acusará de escoger la parte más flaca; pues es bien sabido que Hegel, si no es el primero, es cuando ménos uno de los principales representantes de lo que se llama filosofía alemana. Añádesé á esto que su filosofía constituye en cierto modo la síntesis de las doctrinas de Fichte y Schelling, corifeos tambien principales de la filosofía que nos ocupa; porque la teoría filosófica de Hegel encierra á la vez el psicologismo idealista de Fichte y el ontologismo intuitivo de Schelling, el formalismo lógico, la fuerza sistemática del primero, y la univer-

salidad, el realismo absoluto del segundo, la forma de aquél, y el fondo de éste.

Ahora bien: el fondo y la sustancia de la metafísica hegeliana puede resumirse en las siguientes proposiciones:

1.^a La ciencia absoluta y verdaderamente trascendental consiste en el conocimiento de la *idea* y de sus diversas posiciones ó determinaciones. Esta *idea* se identifica con el pensamiento puro, y contiene *implicite, virtualiter, ó in potentia et in fieri*, todas las cosas, porque ella es la realidad única y absoluta; así es que todas las demás existencias no son más que formas ó revelaciones varias de la *idea*, cuyo desarrollo constituye y da sér al mundo ó naturaleza, al espíritu, al hombre y al mismo Dios.

2.^a Puesto que la lógica es la ciencia del pensamiento y de la idea, es también la verdadera ciencia trascendental, la cual se constituye esencialmente por el conocimiento de la *idea* y de sus diversas formas ó evoluciones.

3.^a Esta lógica ó ciencia trascendental encierra tres momentos: el *momento abstracto*, en el cual el pensamiento percibe y afirma las existencias reales como distintas entre sí sin percibir su identidad real; el *momento dialéctico*, en el cual el pensamiento percibe y afirma que las existencias percibidas en el anterior momento como positivas y distintas, son negaciones de aquéllas, es decir, que son nada en sí mismas, y que equivalen á sus contrarias en realidad; el *momento especulativo*, en el cual el pensamiento percibe y afirma que las existencias positivas y reales se identifican con su negación, ó sea con sus contrarios, en la unidad primitiva y absoluta de la *idea*. «El tercer momento, nos dice el filósofo alemán (1), *momento especulativo* ó positivamente racional, es aquel en que se percibe la unidad de las determinaciones y de sus contrarios.» «La forma más perfecta del pensamiento platónico añade (2), es la identidad del sér y del no sér.»

4.^a El último desarrollo y suprema perfección de la lógica ó ciencia trascendental consiste, pues, en conocer y afirmar

(1) *Obras de Hegel*, cit. por Gratry, tomo vi, pág. 157.

(2) *Ibid.*, tomo xiv, pág. 212.

que el sér absoluto, ó sea la *idea*, es la identidad de todas las cosas; es decir, que es al mismo tiempo luz y tinieblas, afirmacion y negacion, positivo y negativo, verdad y error, ideal y real, finito é infinito, alma y cuerpo; en una palabra, el sér y la nada. «La luz pura es la noche pura» (1). «Los contrarios coexisten (en la idea) por sí mismos. En realidad no hay jamás sí ó nó tan absoluto como pretende la razon vulgar» (2). «Se cree que existe diferencia absoluta entre lo positivo y lo negativo; no, los dos son en sí mismos la misma cosa» (3). «La verdad no puede salir sino de este error. El error, en cuanto absorbido (por la idea), es un momento necesario de la verdad» (4). «La idea es la unidad de lo ideal y de lo real, del finito y del infinito, del alma y del cuerpo» (5). «La nada, en cuanto semejante á sí misma, es precisamente la misma cosa que el sér» (6).

5.^a «La *idea* es el sér puro, es decir, una pura abstraccion, es el absoluto negativo, el cual, considerado en su naturaleza inmediata, es la nada.» De esta manera la *idea*, que es la única realidad ó sustancia, y que por medio de las diversas determinaciones y formas que reviste sucesivamente llega á ser todas las cosas, incluso el mismo Dios, no es primordialmente más que *una pura abstraccion, un sér puro*, pero tan puro, que, *considerado en su naturaleza inmediata, es la nada* (7). Esto no obstante, esa *idea-nada*, que originariamente carece de toda entidad ó determinacion positiva, posee la fuerza de llegar á ser todas las cosas, sin dejar de ser en sí misma y en la realidad el sér único é idéntico consigo mismo y con todas las cosas.

6.^a Así es que Dios no es un sér actual, distinto de los demás ó con atributos determinados. Dios es esa misma *idea-nada*, en cuanto llega al término de su desarrollo en la con-

(1) *Obras de Hegel*, cit. por Graßry, tomo VI, pág. 76.

(2) *Ibid.*, pág. 242.

(3) *Ibid.*, pág. 240.

(4) *Ibid.*, pág. 384.

(5) *Ibid.*, pág. 388.

(6) *Ibid.*, pág. 171.

(7) *Ibid.*, tomo VII, pág. 448.

ciencia del hombre. Porque «Dios no es Dios sino en cuanto se conoce; el conocimiento que tiene de sí mismo es la conciencia de sí mismo, que alcanza en el hombre.»

7.^a Luego Dios, como sér actual, personal y consciente, es decir, comó Dios, es un Dios *in fieri*, toda vez que es el resultado del desarrollo sucesivo de la *idea*, y una de sus trasformaciones. Así es que en la teoría hegeliana, la vida de Dios existe y se constituye por el movimiento dialéctico, ó hablando más claro, por la evolucion lógica de la *idea*.

8.^a Y esta evolucion de la idea, que determina la existencia y la vida de Dios, abraza tres momentos principales, que podríamos apellidar *momento de involucion*, en el cual Dios se halla en estado implícito de involucion, de indeterminacion é indiferencia entitativa, ó en otros términos, Dios, en este primer momento, es la *idea*, el sér puro y abstracto, en cuanto unidad é identidad absoluta de todas las cosas; *momento de expansion exterior*, en el cual, y segun el cual, la *idea*, se desarrolla y objetiva, por decirlo así, exteriormente, pasando á ser mundo ó naturaleza, pero sin conciencia de sí misma; *momento de reversion*, en el cual, y segun el cual, la *idea*, volviendo á sí misma desde la naturaleza ó el mundo, adquiere la conciencia de sí misma en el hombre, y se reconoce como espíritu absoluto; y la conciencia de este conocimiento, que se revela en el hombre, es el que constituye la divinidad. Porque ya hemos visto que, segun nos dice el mismo Hegel (1), «Dios no es Dios sino en cuanto se conoce; y la conciencia que tiene de sí mismo, es la conciencia que de sí mismo obtiene el hombre,» en la cual y por la cual Dios adquiere individualidad y personalidad y llega á ser espíritu absoluto.

Tal es, en resúmen, la filosofía hegeliana, considerada en sí misma, ó sea en su parte metafísica y prescindiendo de sus aplicaciones á las demás ciencias. ¿Y será necesario probar, despues de esto, que esa filosofía no tiene derecho alguno á la preferencia sobre la filosofía escolástica? ¿En qué podría fundarse semejante pretension por parte de una filosofía que es-

(1) *Obras de Hegel*, tomo VII, p. g. 448.

triba únicamente sobre una base absolutamente gratuita é irracional, y que obliga á la razon humana á devorar absurdos y contradicciones como el *Deus in fieri* y la identidad del sér con la nada? Donoso Cortés ha dicho que existe en la razon humana afinidad y propension para lo absurdo, y repulsion para la verdad. Cualquiera que sea la parte de verdad que se quiera conceder á esa palabra evidentemente hiperbólica é inexacta, nosotros seguiremos creyendo que la razon humana, impulsada por la evidencia, de acuerdo con el sentido comun, preferirá siempre la verdad sencilla de la filosofia escolástica en orden á los problemas fundamentales metafisicos y morales, á las absurdas concepciones de la filosofia hegeliana.

Ello es cierto que esta filosofia presenta cierta majestad y grandeza, y que se distingue por la universalidad de sus aplicaciones; porque Hegel aplica su teoría metafisica á la religion, al derecho, á la moral, al arte, á la historia, á la filosofia con su historia, á todos los ramos del saber. Empero esa majestad, y esa grandeza, y esa universalidad, pueden apollidarse con razon puramente subjetivas y aparentes; subjetivas, en cuanto revelan una inteligencia dotada de una fuerza poderosa de sistematizacion; aparente, porque esa majestad, y esa grandeza, y esa universalidad encierran el vacío y la nada en su seno, toda vez que su base es una hipótesis puramente gratuita que conduce al panteismo y á la negacion de Dios. Es la majestad y grandeza de un bello edificio fundado sobre move-diza arena; es la universalidad de un sistema que lleva en su fondo el panteismo, el absurdo y el ateismo, que objetiva las concepciones arbitrarias de la razon humana, y que reviste de bellas y elegantes formas una hipótesis puramente gratuita de la imaginacion.

Por grande que sea la belleza y universalidad de un sistema, esa belleza y universalidad no significan nada ante la razon y ante la ciencia, si le falta la belleza de la verdad. Porque la verdad es la ley suprema de todo sistema científico; y la verdad no es la armonía subjetiva de nuestras concepciones, no está en las ficciones más ó ménos bellas, más ó ménos atrevidas, de nuestra imaginacion; la verdad es la realidad de las cosas, *verum est id quod est*, decia San Agustin; la verdad consiste

en la armonía de nuestras concepciones con los objetos en sí mismos; es la conformidad; la ecuación de nuestro entendimiento con la realidad objetiva de los seres, *ad œquatio intellectus cum re*, dice Santo Tomás.

Ahora bien; si la verdad es la ley suprema de todo sistema filosófico, fácil será reconocer que el hegeliano no tiene, ciertamente, derecho para alegar preferencias sobre ningún otro, cuanto ménos sobre la filosofía escolástica. Porque la verdad es que, en resumen, la filosofía hegeliana es: 1.º, una hipótesis gratuita, puesto que todo lo que constituye su base y su fondo es la *idea*, cuya realidad, naturaleza y atributos sólo existen en la imaginación de su inventor; 2.º, panteísmo, toda vez que Hegel nos dice que no existe más realidad absoluta y verdadera que la *idea*, de la cual todos los demás seres son formas y evoluciones sucesivas; que lo finito y lo infinito, lo ideal y lo real, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo, Dios y el hombre, se identifican realmente en la *idea* y por la *idea*; que la creación de los seres no es, ni puede ser, más que el desarrollo espontáneo, natural y necesario de la *idea* ó del Sér único y absoluto; 3.º, absurdo y escepticismo universal, puesto que para Hegel, *el sér y la nada son una misma cosa, y la nada, en cuanto nada, es precisamente la misma cosa que el sér*, lo cual equivale á echar por tierra el principio de contradicción, y con él la existencia y hasta la posibilidad de toda certeza y de toda verdad para el hombre; 4.º, *ateísmo real y efectivo*, porque ateísmo puro y efectivo es el afirmar que Dios, originariamente, no posee la conciencia de sí mismo; que se perfecciona y desarrolla sucesivamente, y que adquiere la divinidad y la conciencia de sí mismo en el hombre y por el hombre; y finalmente, el enseñar y proclamar un Dios potencial y progresivo, un Dios que está *in fieri*.

Vico ha dicho: «Las verdades geométricas son verdades porque dependen del hombre en sus principios.» Si se pudiera decir lo mismo de las verdades filosóficas, la filosofía de Hegel sería una gran filosofía.

Si la filosofía alemana, considerada en sí misma y en el terreno puramente filosófico, no tiene derecho para pretender preferencias sobre la escolástica, esas pretensiones resultarán

ménos fundadas y justificadas, desde el momento que se comparen esas dos filosofías bajo el punto de vista de la moral y religión.

Al efecto, bastará recordar que la filosofía escolástica es una filosofía esencialmente cristiana, que nació de la Religión católica, como la rama sale del tronco. El cristianismo, que como religión divina, y como divina universal, debía restaurar todas las cosas en Cristo y por Cristo, *instaurare omnia in Christo*, según la profunda palabra de San Pablo, al restaurar y completar la verdad divina, tradicional, revelada, que merced á la corrupcion y pasiones del hombre, casi habia desaparecido de la tierra, restauró tambien la verdad humana, natural y filosófica, que habia zozobrado casi por completo, minada y combatida por el politeísmo é ignorancia religiosa de las masas, no ménos que por el escepticismo y las disputas y aberraciones de la filosofía pagana. Así es que, miéntras los mártires cristianos sancionaban con su sangre la verdad divina, predicada por Cristo y sus Apóstoles, los apologistas de la nueva Religión, al poner sus doctrinas en contacto con las doctrinas filosóficas, abrian nuevos horizontes á la ciencia. Bajo la pluma de Clemente Alejandrino, de Orígenes, de Tertuliano, y más tarde de San Agustin, recibian acertada y segura solución los problemas fundamentales de la metafísica y moral, problemas hasta entónces envueltos en sombras y oscuridad, bajo las soluciones inseguras, erróneas y contradictorias de la filosofía pagana.

Así es como del fondo del cristianismo, que encierra en su seno un poderoso principio de asimilacion para toda verdad, brotaba una nueva filosofía, cuyos caractéres principales son, robustecer las fuerzas de la razon natural, extender y ensanchar el horizonte de la ciencia divina, dar solución segura, universal y práctica á los problemas más trascendentales para la vida moral y religiosa del hombre, reconocer la inferioridad y dependencia de la razon humana con respecto á la razon divina, y proceder con sobriedad al resolver las cuestiones de la ciencia por la sola luz de la razon humana.

¿Será necesario añadir que la filosofía escolástica es esa misma filosofía cristiana cuyos caractéres acabamos de indicar?

Iniciada por los antiguos apologistas del cristianismo, en cuyas obras se presenta como en estado rudimentario, cultivada y perfeccionada despues por San Agustin, San Isidoro de Sevilla y Boecio, detenida en su marcha por la irrupcion de las tribus del Norte, no ménos que por el trabajo de descomposicion y recomposicion de las nacionalidades que siguieron á aquélla, la filosofía cristiana surgió con nuevo vigor de entre las ruinas en su derredor amontonadas, para recibir vigoroso impulso de los grandes escolásticos de los siglos XII y XIII, y alcanzar, en cierto modo, su perfeccion y desarrollo bajo la pluma tan fecunda como sólida, tan poderosa como sóbria, del Angel de las escuelas. Sus principios, sus doctrinas, sus tendencias, su método, sus aplicaciones, todo en esta filosofía es eminentemente cristiano, todo lleva el sello de la subordinacion de la razon humana á la razon divina, de la filosofía á la religion, del hombre á Dios, del órden natural al órden sobrenatural. Y todo esto sin menoscabar los legítimos derechos de la razon humana y sin exagerar la debilidad de sus propias fuerzas, como hacer suele la escuela tradicionalista; fuerzas que no por ser ínfimas con relacion á la razon de Dios, dejan de ser grandes, poderosas y admirables en sí mismas.

Para reconocer ahora y juzgar cuán léjos se halla la filosofía alemana de ese espíritu eminentemente cristiano que anima y vivifica á la filosofía escolástica, basta tener presente que lo que constituye el fondo de la filosofía alemana es el panteísmo.

Ello es cierto que en Krause y en algunos otros de sus representantes el panteísmo se encuentra algun tanto disimulado, ó mejor dicho, no se presenta á cara descubierta y tan explícito como en otros; pero no es ménos cierto por eso que el error panteísta existe allí real y verdaderamente, sin que sean necesarios grandes esfuerzos para descubrirlo, y que constituye, en realidad, el *sedimentum* y como el *substratum* general de todas esas teorías filosóficas; manifestaciones varias en cuanto á la forma, pero idénticas en cuanto al fondo de una filosofía esencialmente panteísta.

Ahora bien; que el panteísmo envuelve la negacion radical y completa de las doctrinas fundamentales del cristianismo,

y la subversion de sus dogmas y de su moral, cosa es demasiado evidente para los que sepan lo que significa el panteísmo. Desde el momento que se afirma la existencia de un Sér único, y se supone que Dios se identifica sustancialmente con el mundo y con el hombre, y se enseña que los seres finitos no son más que manifestaciones y modificaciones necesarias del Sér único, ó de Dios, desaparecen por completo y hasta carecen de sentido la Trinidad, la Encarnacion, el pecado original, con los demás misterios de la Religion católica, y se convierten en absurdos hasta las verdades mismas más fundamentales del órden puramente moral: la vida futura, la inmortalidad, la libertad humana y hasta la distincion entre el bien y el mal.

Que si se nos dice que Hegel, no obstante de ser uno de los principales representantes de la filosofia alemana, y de enseñar abiertamente el panteísmo, no rechaza, ántes bien admite y hasta explica los misterios y dogmas del cristianismo, nosotros, contestaremos, á nuestra vez, que los misterios y dogmas admitidos y explicados por Hegel, en el nombre, y solamente en el nombre, se parecen á los misterios y dogmas del cristianismo, siendo, en realidad, la negacion completa de los mismos. Dios, como Sér general, como sustancia única de todas las cosas, es el Dios *Padre*; esta sustancia, desarrollándose y objetivándose en el mundo por medio de los seres que llamamos finitos, evoluciones ó formas particulares de la *Idea*, es el *Hijo*; finalmente, en cuanto Dios vuelve á sí mismo y á su unidad, adquiriendo individualidad ó personalidad absoluta, es *Dios Espiritu Santo*. Tal es la trinidad hegeliana; trinidad que tiene más relacion y analogia con la trinidad de los antiguos sabelianos que con la enseñada por Jesucristo y sus Apóstoles, y que se halla tan distante de la Trinidad Católica como la *trimurti* de los filósofos de las orillas del Ganges y la triada de los neoplatónicos de Alejandría. A este tenor y en el mismo sentido pantéutico-racionalista, Hegel pretende explicar la encarnación, la caída de Adán, la redencion y demás misterios del cristianismo, siendo fácil reconocer y concebir que estos misterios, segun se presentan en la teoría hegeliana, distan tanto de los verdaderos misterios del catolicismo, cuanto dis-

tan el panteísmo y el racionalismo de la fe divina y del dogma católico.

Si las reflexiones hasta aquí consignadas no fueran más que suficientes para demostrar hasta la evidencia la inferioridad de la filosofía alemana con relación á la escolástica, no ménos que el error de los que á todas horas ensalzan y pregonan las ventajas y excelencias de la primera sobre la segunda, bastaria para convencernos de esta verdad echar una rápida ojeada sobre las aplicaciones y consecuencias de una y otra, principalmente en el terreno de la moral. No hay para qué recordar que la filosofía escolástica encierra una doctrina moral tan elevada como pura y santa; que sus principios morales preparan y conducen á la perfeccion y santidad, y que bajo su benéfica influencia se han formado y se forman y desarrollan los grandes caracteres morales.

¿Podremos decir lo mismo de la filosofía alemana? Ciertamente que no; esa filosofía, saturada de panteísmo, conduce necesariamente á la glorificación y divinización del hombre, á la consiguiente negación de la libertad verdadera; y de la distinción entre el bien y el mal moral, y para decirlo de una vez, á la subversión de todo este orden. Cierto es que algunos de sus corifeos y partidarios se detuvieron y detienen en su carrera, espantados, por decirlo así, ante las consecuencias y doctrinas prácticas que surgir veían del seno del panteísmo; empero otros, más lógicos y atrevidos, se encargaron de poner de manifiesto las doctrinas morales entrañadas en el panteísmo germánico.

Y ya que ántes hemos tomado á la filosofía hegeliana como punto de comparación, véanse las doctrinas y tendencias morales de esa filosofía puestas de relieve por lo que se llama la *izquierda hegeliana*; es decir, por la escuela que se ha encargado de llegar resueltamente hasta las últimas consecuencias de la filosofía de Hegel. Oigamos las palabras de Heine, uno de los principales representantes de la citada izquierda hegeliana (1).

(1) *De l'Allemagne depuis Luther.*

«Dios es idéntico con el mundo; se manifiesta en las plantas que viven con una vida cosmo-magnética, sin tener conciencia de sí mismas; se manifiesta en los animales, los cuales en el sueño de su vida sensual experimentan una existencia más ó ménos sorda. Empero Dios se manifiesta en el hombre de una manera la más admirable. En el hombre la Divinidad llega á la conciencia de sí misma, y revela de nuevo esta conciencia de sí misma por medio del hombre. Mas esto no se verifica en los hombres y por los hombres aislados, sino por el conjunto de la humanidad, de manera que un hombre singular solo comprende y representa una partícula del *Dios-mundo*; pero todos los hombres, tomados colectivamente, comprenden y representan enteramente á este Dios-mundo en la idea y en la realidad... Por consiguiente, Dios es el verdadero héroe de la historia universal. La historia no es más que su pensamiento eterno, su accion eterna, su palabra, sus hechos; pudiendo decirse con razon que la humanidad entera es una encarnacion de Dios... En consecuencia de esto, el fin de todas nuestras instituciones modernas es la rehabilitacion de la materia, su reinstalacion en todos sus derechos, su reconocimiento religioso, su santificacion moral. Buscamos el bienestar de la materia, porque sabemos que la Divinidad del hombre se manifiesta igualmente en su forma corporal. Tratamos de fundar una democracia de dioses terrestres, iguales en felicidad y en santidad... Queremos, en fin, el néctar y la ambrosía, mantos de púrpura, la voluptuosidad de los perfumes, de las danzas, de las ninfas, de la música y de las comedias.»

Talés son, en resúmen, las teorías sociales, históricas y morales que brotan necesariamente del fondo del panteísmo cuando éste es conducido á sus últimas conclusiones naturales y lógicas. Porque, en efecto, cuando Dios lo es todo y cuando el hombre es Dios, claro es que el hombre tiene derecho para obrar segun su voluntad y sus deseos, que todo le es permitido, que para todo tiene derecho, sin coartacion ni sujecion de ningun género. La libertad moral, el bien y el mal, el mérito y demérito, la virtud y el vicio, son palabras que carecen de sentido; porque desde el momento que se supone que Dios lo

es todo y que el hombre es Dios, todo es manifestacion divina, todo es necesario, todo es bueno.

Si las doctrinas se conocen y juzgan por sus consecuencias y aplicaciones, como el árbol por sus frutos, fácil es reconocer, despues de las ligeras reflexiones que dejamos consignadas, la verdad de nuestras afirmaciones en orden á la superioridad de la filosofía escolástica sobre la alemana, no sólo en el terreno de la ciencia y de la metafísica, sino en el de las consecuencias morales y religiosas. Y ántes de terminar este artículo, séanos lícito consignar aquí la opinion de que el panteísmo ha influido, acaso, más de lo que generalmente se piensa en la corrupcion moral de nuestra época. La verdad es que las doctrinas, despues de haberse apoderado de muchas inteligencias, se han infiltrado más ó ménos en todos los ramos de la ciencia y de la literatura. Y atendidas las consecuencias y tendencias de esas doctrinas, es probable que á ellas se deban en gran parte no pocos de los caractéres que constituyen la degradacion moral de nuestra sociedad actual.

Esa tendencia sensualista al lujo y los placeres, esa sed insaciable de oro y de riquezas, ese predominio de los intereses materiales y temporales sobre los morales y eternos, ese olvido de los verdaderos destinos del hombre en el tiempo y en la eternidad, y sobre todo ese menosprecio salvaje y estúpido de la vida y de la muerte, que se revela y manifiesta por el suicidio, consecuencia lógica del derecho soberano que, en virtud del principio panteísta, el hombre se atribuye sobre sí mismo, pueden considerarse con sobrado fundamento como manifestaciones más ó ménos inmediatas y aparentes, pero lógicas, necesarias y legítimas, de las doctrinas y teorías panteístas, las cuales, como hemos visto, llevan oculto en su seno el *virus* del ateísmo y del sensualismo, y la consiguiente subversion del orden moral.

FRAY ZEFERINO GONZALEZ.

IDEAS FUNDAMENTALES ACERCA DE DIOS Y EL MUNDO.

ARTÍCULO I.

Nos encontramos en una época brillante por sus adelantos, si bien en ella tal es el vuelo que la libertad pretende dar al entendimiento, que no hay cosa alguna cuya verdad deba afirmarse, siempre que á nosotros no se nos manifieste claramente su evidencia. Principio de donde mana el atrevimiento de muchos para enunciar categóricamente, no sólo la posibilidad de los conflictos entre la religion católica y la ciencia, sino lo que es más increíble, el hecho mismo de su existencia. Tal ha sido el americano *Draper*, quien pretende probar con sola la experiencia más de lo que en ella se encierra.

Sin proponernos dar aquí una refutación de sus asertos, vamos á presentar algunas doctrinas que pueden ser preliminares para ella.

Hay verdades cuya trascendencia nos impide prescindir de ellas, aunque quizá alguno, si no reflexiona detenidamente, las juzgue como presentadas y traídas *ab ovo*.

Siendo Dios sér supremo, ente superior á todos los creados, de una naturaleza infinita y sobre la cual ningun otro más perfecto puede ni áun imaginarse siquiera, el principio y fundamento de toda religion y verdadera ciencia, debemos probar su existencia é infinidad, unidad y omnipotencia, para que presentándole como agente único de lo creado, y como concausa en cuantos actos se llevan á cabo en la universal creacion, aparezca como es: la raíz de la religion y de la ciencia, y por consiguiente, todo conflicto que pueda surgir entre las dos, no es más que una sombra y una concepcion de inteligencias descarriadas.

Desde el más poderoso cuadrumano hasta la más impercep-

tible galionella; desde el más diminuto átomo terrestre hasta el astro más gigantesco que rueda sobre nuestras cabezas; desde el sonido más dulce y suave que puede escucharse en la espesura de los bosques hasta los poderosos ecos de los mares; todo, en fin, cuanto en el mundo universal disfruta de realidad alguna, es prueba palpable de la existencia del gran monarca, bajo cuyas leyes se determinan cuantos hechos han lugar en el tiempo y en el espacio.

La contingencia inherente á la misma esencia de cuanto forma los mundos, y el órden reinante entre las criaturas, nos patentizan la absoluta necesidad de admitir un sér ordenador y necesario, principio y fin de cuanto existe.

Vemos las plantas adornadas de preciosas flores, y luégo marchitas cubren el suelo con sus agostadas corolas; sucumben los animales, y hasta multitud de especies han abandonado el reino de la vida, y el hombre es por su naturaleza misma indiferente para la existencia.

¿Y puede suceder naturalmente que una flor despidan un aroma impropio de su esencia, ó un torrente posea más empuje que el envuelto entre sus rodantes ondas? Del mismo modo; aunque se reunan millones y millones de seres creados, nunca podrán ofrecer un sér libre de toda mutibilidad, ni conseguir desaparezca tal propiedad de su esencia.

Ha de haber, pues, fuera de ellos, un objeto, un sér, un principio, una causa última de la cual todas penden y ella de ninguna. Ese sér, ese principio y esa causa, se llama Dios.

¿Pero acaso el Sér de los seres y la *Causa de las causas*, según expresion de Ciceron, tiene en parte algun límite y en él no se encierran todas las perfecciones? Dios es infinito y sumamente perfecto.

No es conveniente, ni tampoco debe separarse la infinidad de la perfeccion suma, ya que no tratamos del infinito en abstracto, sino en concreto, ó lo que es lo mismo, de una sobresaliente y absoluta plenitud de simplicísima realidad y una infinita *aseidad*.

• ¿No es Dios infinito? ¿Quién lo limitó? ¿Algun sér pendiente de Dios mismo como causa? Sería temporal y eterno quien tal prerogativa poseyera, y eterno *ántes y despues*, lo

cual en seres mudables no há lugar, pues han tenido principio.

¿Puede Dios limitarse á sí mismo? Nunca; pues no es causa propia. Antes se concibe á un sér como existente que como operante: primero es el existir que el ser causa.

Ni áun por su naturaleza se puede dar en él límite alguno. De todas las realidades simplicísimas existentes en Dios, ninguna excluye á la otra. ¿Quién, pues, podrá explicar lo sumo de su perfeccion? ¿Quién podrá comprenderle? Y si comprenderle simplemente no es posible, porque no abarcamos en toda su extension al infinito, hemos de concebir otro mayor? En el caso de verificarse, no sería otro que él mismo. Tal es la razon contra los politeistas.

Habiendo muchos dioses, ó son iguales ó desiguales. Si lo segundo, el mayor é infinitamente perfecto es el que llamamos Dios: y si lo primero, ninguno de ellos, puesto que puede concebirse uno en el cual existieran prerogativas superiores, cual es tener bajo su dependencia á todos: seres infinitos iguales en realidad debian ser independientes unos de otros; luego no tendrian en sí todos la realidad posible, y por consiguiente, si tal pensáramos, nuestra concepcion sería una quimera.

Y si queremos analizar las cosas, ¿no es único lo esencialmente singular? Ninguno puede atribuir ni atribuirá á lo singular la dote de comunicabilidad y multiplicabilidad para con otros numéricamente diversos. La idea de Dios envuelve necesariamente la de existencia: no hay sér existente, sino singular: Dios, pues, es esencialmente único.

Siendo infinito y sumamente perfecto, está léjos de él toda potencialidad. La materia no puede concebirse sin ella; Dios, pues, está libre de toda materia, y es una sustancia necesaria, infinita, perfectísima y espiritual, conociéndose á sí mismo, conoce lo pasado, presente y futuro, lo real y posible, lo necesario y contingente.

Existiendo en Dios todas las perfecciones creadas é increadas; las increadas, porque sólo él es increado, y las creadas, porque nada puede haber en un efecto que no se encuentre formal ó virtual ó eminentemente en su causa; y siendo la ciencia una perfeccion, es claro ha de encontrarse en Dios, áun

cuando en él sea un acto purísimo y en nosotros una sucesion de actos. Cada perfeccion en él es infinita: luego su ciencia es infinita, y no lo será si el conocimiento de sí mismo fuera incompleto; si no penetrara en lo más íntimo de las criaturas en cuanto tales, en cuanto causas y efectos, y tambien respecto del modo de obrar. Los prodigiosos fenómenos del universo, por muy recónditas que sus causas se encuentren, no están fuera del campo de su ciencia, y por usar el dicho de Santo Tomás, alcanza hasta las palpitaciones del corazon.

No es sucesiva, ni en ella hay racionio alguno, ni es un hábito; es, pues, simplicísima; ni consta de muchas ideas, como formas afectantes al entendimiento; sin embargo, eso no impide que Dios conozca las razones propias de las cosas.

Todo cuanto conoce, en sí mismo lo conoce. Nada hay mudable, accidental ni contingente en él: lo cual se daría si las cosas determinaran su entendimiento para que las conociera. Esto no quiere decir que no las conozca segun el sér que tienen en sí mismas. Las conoce, pero en él mismo, en su esencia infinita.

¿Y lo posible no es algo? Ciertó; de ello se habla y se discute: la nada no es materia de discusion. Siendo algo, puede conocerse. Entónces cae dentro de la esfera de su ciencia infinita: Dios conoce, pues, todos los posibles, y además cuantas cosas han de venir libre y necesariamente, si no queremos ver limitada su perfeccion suma.

Esto por lo tocante á su ciencia. ¿Y en cuanto á su poder? ¿Bajo su incomprendible accion, lo contradictorio podrá alcanzar alguna realidad? Jamás. Los constitutivos esenciales en completa pugna nunca llegarán á formar una esencia de tal género, y entónces las cosas son imposibles por sí mismas. Su poder se extiende á cuanto no encierra contradiccion. A darse lo cual sería un defecto en Dios. Su esencia divina es la fuente de los posibles. Lo contradictorio no puede formar un posible, y sin embargo, en tal caso la omnipotencia daría el sér concreto á lo contradictorio, siendo su poder y su esencia una misma y única cosa. Habría, pues, defecto en Dios.

Sér de los seres, infinito, único, sapientísimo y omnipotente, eterno é inmenso, llena con su esencia y accion los in-

comprensibles espacios y las intimidades más recónditas del incalculable número de las criaturas.

¿Podremos considerarle ahora, según nuestra capacidad limitada, respecto al estado anterior á la creación del mundo? ¿Qué haría?... Allá en su eternidad ¿escogitará el plan y los medios para regalar la existencia á las primeras manifestaciones externas de su sabiduría é infinito poder? Nada de eso. Un solo acto y en términos más comprensibles, y en lenguaje vulgar, un solo vistazo á su esencia fué bastante para verla y conocerla como imitable de infinitos modos, cuyas imitaciones, considerándolas como independientes unas de otras, son las esencias de cuanto existe.

Atendiendo Dios á su bondad infinita, era natural que su acción propia y exclusiva produjera sus efectos, que, conocidos en el tiempo por las criaturas racionales y espirituales, entonan himnos de alabanza al autor de tantos prodigios.

He dicho su acción propia y exclusiva: á mayor perfección en los seres, más perfecto es su obrar; y como Dios es infinito, ha de poseer una acción propia de su naturaleza infinita. Para que desde el no sér absoluto goce algo de su existencia, tiene que salvar una distancia infinita. Tal sucede por medio de la creación. Es, pues, propia y exclusiva de Dios, y aún cuando quisiera comunicarla á las criaturas, éstas son incapaces de recibirla, puesto que ninguna propiedad puede superar la naturaleza del sér á que pertenece: y entónces una propiedad infinita tendría cabida en un sér limitado.

¿Qué es pues crear? Es dar la existencia á algun sér del cual nada absolutamente existía; ni aún el más imperceptible átomo, ni como materia preexistente de por sí, ni en el sujeto causa eficiente de la creación. ¿No se puede concebir semejante modo de operar? Sin embargo, porque no podamos alcanzarlo con nuestra facultad intelectual, ¿habremos de ponerlo en duda? Tampoco abarcamos al infinito, y á pesar de ello le afirmamos. Esa virtud y esa fuerza propia de la divinidad empezó en su eternidad á producir el tiempo con la sucesión de las criaturas, y por consiguiente, el mundo tuvo principio.

A semejanza de un artífice, Dios, ántes de proceder á la constitución de la máquina, debía formar primero sus ideas

ejemplares, para que, según el tipo, se acomodara en su ejecución á lo pensado. Todo lo alcanza Dios en un instante, y no ha necesitado ni necesita, ni en adelante necesitará para ello más que el acto purísimo de la posesión simultánea, toda y perfecta de su vida interminable.

Contempló su esencia; conocióla imitable: entónces, en cuanto entendida, apareció como la única y universal idea de las cosas. Mas no pudiendo las futuras criaturas perfectamente imitarla, el entendimiento no la tomó absolutamente como la idea de las cosas, sino atendiendo á la mayor ó menor conformidad que existiría entre ella y lo creado.

Luego la divina esencia, entendidas todas las proporciones de las cosas para con ella, es la idea de todas: única atendiendo á sí misma y múltiple respecto de lo creado, cuando el entendimiento divino la contempla. Ya hemos llegado al reino de la posibilidad. Tal vez me extienda más de lo pensado, pero no hay remedio sino vencer lo ágrío de la pendiente para alcanzar la cumbre. En el estado actual es muy necesario llevar rigurosamente encadenadas semejantes conclusiones metafísicas, á fin de presentar con la mayor evidencia posible el error de muchos modernos respecto de las consecuencias malamente deducidas, á causa del adelanto científico en toda su extensión. Los cimientos por lo general son toscos y de poco trabajo; mas en ellos debe estribar la solidez de la fábrica; de otro modo el edificio se derrumba, á pesar de lo afligранado y costoso de sus adornos.

¿Qué es la posibilidad? Es la aptitud para existir, nacida de la no repugnancia de las notas constitutivas de un sér, y considerándolo con relación á una causa capaz de producirlo intrínsecamente posible, tenemos la posibilidad *extrínseca*. La primera se llama *intrínseca*.

La posibilidad intrínseca es absoluta, y sólo tiene su término en las contradicciones; pero la extrínseca es relativa. Lo que uno no alcanza, otro lo consigue; lo imposible para unos, fácilmente es llevado á cabo por otros.

Entremos ahora en la cuestión. ¿Nos será dado probar convenientemente su *necesidad* y *eternidad*? Fácilmente encontramos medios para ello. Otras cuestiones hay más árdúas, cuya

dificultad no es motivo para aminorar los quilates de certeza en ellas encerrada.

A no ser necesaria la posibilidad, el principio de contradicción caería por tierra, puesto que una cosa llegaría á darse posible é imposible al mismo tiempo: y también la esencia divina sería y no sería imitable, y mudanzas tales en la divinidad son datos inequívocos de una naturaleza limitada y contingente, lo cual decirlo de Dios es una blasfemia.

Además; ¿el fundamento eterno y necesario de la posibilidad, no es la esencia divina? En tanto, pues, será eterna y necesaria en cuanto dicha esencia lo sea.

No pendiendo, pues, lo necesario é inmutable de voluntad alguna, incluso la de Dios, la posibilidad bajo tal aspecto no depende de la voluntad divina, ni aún tampoco de su potencia. ¿Quién se atreverá á colocar en el campo de la duda, que la idea que Dios tiene respecto de las criaturas no sea anterior á los actos de su voluntad? *Nihil volitum quin præcognitum*. Antes de obrar se piensa en lo que se va á hacer. Debemos hablar de tal modo para entendernos, porque en rigor, en Dios no hay sucesión de actos.

La posibilidad intrínseca por su parte nada es subjetivamente en las mismas criaturas, sino sólo objetivamente, en cuanto se encuentra en la mente del que comprende.

En realidad se echará de ver que no hacemos mención de la posibilidad extrínseca, la cual, siendo una virtualidad de las causas, sin ningún género de duda algo es.

Digo *por su parte*, ya que unida la posibilidad con la existencia, también es algo, mas no por sí, sino por la susodicha existencia.

Lo que no ha sido hecho, ó no es nada, ó es Dios. Siendo la posibilidad metafísicamente necesaria, nunca ha podido ser hecha. Tampoco es Dios: luego subjetivamente en las criaturas no tiene realidad alguna.

Acaso alguien diga: No siendo nada respecto de su existencia, habrá de tener la misma suerte respecto de su esencia: mas en el momento de ser propia y verdaderamente algo, respecto á su ciencia (subjetivamente), fuera de Dios habría seres especiales increados, un universo, si cabe la expresión, de

posibilidades, esperando el momento del agrado de alguna causa, para hacer el instantáneo tránsito de la eternidad al tiempo, del mundo posible al mundo real; sería un término medio entre la nada y la creación.

Recibiendo con el tiempo la cantidad y extensión en la realidad de su ciencia, hubiera sido independiente de Dios *ab eterno*, y entonces un paso y nada más nos faltaba para rodar por el insondable precipicio del panteísmo.

Ya hemos visto que la acción creatriz es propia y exclusiva de Dios. Además que, para crear, no ha de darse materia ó cosa alguna preexistente (fuera de la idea), ni de parte de la causa eficiente; ni de parte de causa alguna material.

¿Qué sucedería, si la posibilidad de las criaturas fuese algo real en ellas mismas? La consecuencia es clara. Dios no podría crear ni aniquilar. No podría crear, porque la posibilidad es anterior al acto creativo, y por consiguiente, había algo más fuera de la idea. No podría aniquilar, puesto que siempre quedaría en pie la entidad de la posibilidad.

¡Cosa extraña en verdad! ¿No podríamos gloriarnos de poseer lo que el Creador no nos regalara? Además; ¿no es necesaria? Luego existiendo yo ahora existe en mí. Poseo yo, pues, lo que Dios no ha producido.

Cuando los objetos inteligibles son conocidos por el entendimiento, según el modo de presentarse, se dice que se encuentran en él *objetivamente*. Si un sér, verbi gracia, el hombre, es conocido como posible, algo es conocido por el entendimiento. Tiene, pues, un modo de encontrarse objetivamente en el entendimiento del que comprende. Por consiguiente, en el entendimiento divino encuentran tal prerogativa todas las criaturas posibles.

Antes de poner manos á la obra sobre cualquier asunto, formamos en nuestro entendimiento el ideal, imagen ó forma, á la cual en un todo debemos conformarnos para obtener un resultado satisfactorio. Luego todas las cosas creadas existen objetivamente desde la eternidad en la mente divina, siendo, como son, ideadas y conocidas por ella.

Así, pues, Dios conoce todas las criaturas posibles, y de todas ellas tiene ideas, y cuantas son posibles se presentan á su

ciencia y terminan su conocimiento, sin que por esto le causen perfeccion alguna nueva.

Para lo cual es innecesario contengan en sí algun sér verdadero; basta sea objetivo en la mente divina: no hay razon para decir sea distinto subjetivamente en Dios; lo cual probaria existir en él composicion. Hay sólo en él algo distinto objetivamente, la cual distincion no es real y verdadera, sino una representacion de una cosa distinta, y en las criaturas una denominacion simplemente extrínseca.

Del mismo modo en Dios su esencia es idea de todas las cosas en cuanto participable por todas. Segun esto, las cosas representadas é ideadas conforme al sér objetivo, no se diferencian en realidad de la misma esencia, aún cuando objetivamente haya distincion. Porque la esencia divina, subjetivamente considerada, es tambien el sér objetivo de las criaturas, extrínseco á las mismas.

Para terminar semejante materia, deduzcamos algunas consecuencias.

De cuanto se lleva dicho se verá en claro el error de *Descartes*, el cual, aunque no se ofrezca como de trascendencia suma, sin embargo, son incalculables los errores que proceden de él inmediatamente. Dios, segun Descartes, con sólo querer, destruiria los posibles actuales. Lo intrínsecamente malo pudiera ser intrínsecamente bueno.

Otros, por el contrario, como *Storcheneau*, les han tributado completa independendencia hasta del mismo Dios, no echando de ver que existiria entónces un objeto que determinara extrínsecamente su inteligencia y del cual dependiera.

Pasemos ya á las esencias para entrar de lleno en la creacion. En cada sér, en cada criatura hay ciertas notas, de las cuales, si desaparece aunque sea la más insignificante, ya no es la misma que nuestro entendimiento tenía concebida; y hay otras notas, las cuales, aunque intelectualmente se prescindan de ellas, sin embargo, no por eso deja de ser la misma. Las primeras, llamadas constitutivas esenciales, unidas entre sí, forman la esencia cuyo principio activo se denomina naturaleza. La *esencia*, pues, será aquello por lo cual una cosa es lo que es, siendo *indivisible*, jamás aumentarán ni podrán dis-

minuir los constitutivos, si no queremos que unos se conviertan en otros.

Si entre los seres pudiera verificarse cambio alguno de esencias, cuantos las cambiaran, dejarían de ser lo que fueron, y recibiendo esencia diferente, no podrían ménos de presentarse como seres diferentes.

En cuanto inteligibles son eternas; no, empero, como existentes. Que ciertos constitutivos formen una esencia determinada, ni ha empezado á ser verdadero, ni lo ha sido en cierto tiempo, ó lo es ahora solamente, sino que siempre lo ha sido necesariamente con independencia de la existencia.

Dios en su eternidad, contempló su esencia y la conoció imitable. Siendo éste el principio y fundamento de los demás, claro es que en sí misma llevan vinculado un atributo tan noble cual es ser eternas.

Recojamos velas en materia tan escabrosa y difícil, como importante é indispensable para nuestra empresa, si debidamente háse de plantear la cuestion en el terreno debido.

Dios, sér necesario é infinito, conocedor de todas las esencias y posibilidades, daría existencia real, aunque libremente, á lo que en su esencia distinguía como imitacion de ella. No existiendo nada material, y si únicamente la idealidad ó causa ejemplar existente en el entendimiento divino, la accion propia de su omnipotencia habia de producir sus proporcionados efectos. Ya hemos dicho ántes que del no sér al sér hay una distancia infinita, únicamente salvable en la accion creatriz. Probada de antemano ser tal accion propia y exclusiva de Dios, debemos presuponer tal accion para los orígenes del mundo.

¿Qué es mundo? La coleccion de seres mudables. Los hay corpóreos y espirituales; pero en especial solemos concretarnos en la definicion del mundo, á los corpóreos. La definicion incluye su órden admirable.

¿Es infinita la extension mundana? De ninguna manera. Donde existiera un infinito extenso, no podria haber lugar para colocar cualquiera cosa extensa por insignificante que fuera. Dios, á más del mundo, puede aún crear. Creando, pues, un nuevo sér extenso, se encontraría sin lugar, cuando

la extension por su propia naturaleza le exige propio y exclusivo.

Pero, ¿quién ha existido, existe ó existirá, cuya concepcion, atravesando por los incalculables seres de esta máquina tan portentosa, de la cual somos un átomo insignificante, pueda alcanzar límite alguno, más allá del cual nos sea negado ver á la extension dilatándose? Y ¿no es la extension esencial á los cuerpos? Entónces, ¿cómo nos atrevemos á negar su infinidad?

Ciertamente, si en tal objecion la cualidad *fuese real y no ideal*, nos veriamos obligados á confesarnos vencidos.

Prosigamos. Hemos dicho mundo corpóreo, mundo material. Al presentar nosotros la necesidad de ser creada la materia del mundo, háse de entender por *materia* los primeros elementos compuestos de los cuerpos, juntamente con las fuerzas inherentes á ellos para verificar en el universo las uniones necesarias en la constitucion de los cuerpos. Los escolásticos tienen un nombre especial, con el cual indican semejante principio activo.

El número de ellos no hace al caso. Los conocidos hasta ahora nos los enseña la química. Ignoramos si habrá más; pero el afirmarlo no nos conduce á improbabilidad alguna, así como el creer que no se hayan verificado aún multitud de uniones nuevas; productoras de nuevos seres. En tales uniones no prescindimos del concurso ordinario. Más adelante trataremos de él.

Entendido el verdadero sentido de la palabra *materia*, y una vez que es única la causa necesaria, la materia no puede ser necesaria, y ménos aún siendo mudable, siendo así que los seres necesarios no pueden cambiar de Estado, ni pueden ménos de tener una posesion completa y perfecta al mismo tiempo de una vida interminable. En la materia, pues, echamos de ménos dos percepciones indispensables á todo sér necesario; la inmutabilidad y la eternidad, señal inequívoca de su limitacion. Luego pende de la primera causa. Ella la ha creado.

¿Pero de qué materia? Tratándose de los primeros elementos, no hay razon para recurrir á materias anteriores, ya que nuestra cuestion versa sobre la primera.

¿Acaso la ha sacado de él mismo ó de otros espíritus? Los espíritus son simples é indivisibles; por consiguiente, de la nada absoluta (prescindiendo de su esencia y posibilidad existentes en la divina esencia en cuanto entendida por el entendimiento divino), apareció real, dando nacimiento con sus sucesiones á la marcha del tiempo. La accion que para tales actos Dios emplea, se llama creatriz. Luego la materia ha sido creada.

Aquí puede verse el absurdo de los autores y partidarios del progreso indefinido, al confundir la accion creatriz con la *fuerza denominada plástica, con la naturaleza ó providencia, que nada importa su nombre* (1). Siendo la creacion y la fuerza plástica una misma cosa, la fuerza plástica es Dios, puesto que toda accion en la divinidad es la misma divinidad. Siendo la *creacion* y la *naturaleza* una misma, la naturaleza es Dios. Siendo la *fuerza plástica* y la *naturaleza* una misma cosa que la *creacion* y la *providencia*, el origen del mundo y su gobierno y conservacion, es propio de la *fuerza plástica* y de la *naturaleza*, ó, más claro aún, el mundo se ha creado á sí mismo; él mismo se gobierna y él mismo se conserva; ¡No sé cómo no importa nada el nombre! Pero más adelante nos ocuparemos de semejantes teorías.

Tampoco faltan quienes hayan pensado, no solamente ser eterna la materia del mundo, sino que lo es por necesidad. Primero es menester probar su eternidad, acerca de lo cual arriba queda dicho lo contrario: y si no bastara, reflexionemos sobre su contingencia, pues siendo indiferente para existir, con mayor razon lo será para existir necesariamente. No es, pues, eterna, y mucho ménos por necesidad.

¿Cuáles son contra la doctrina propuesta, los argumentos de Aristóteles, Averroes, y de cuantos en materia semejante se conforman con su modo de pensar?

¿*Estuvo Dios por una infinidad de tiempo ocioso, cosa im-*

(1) Pelletan, *El mundo marcha*, primera parte, pág. 88, 1875. (Traduccion por el Vizconde de San Javier).—Draper, *Confictos*, caps. vii y ix, 1876. (Traduccion de Arcimis.)

propia de su bondad? Lo primero no hace al caso, tomando el tiempo como imaginario, y no como real, ya que no hay tiempo donde no existen seres sucesivos.

En cuanto á lo segundo, su bondad no es causa obligatoria para que *ab æterno* produjera el mundo. Dios no necesita de cosa alguna externa.

En Dios el acto siempre es el mismo; únicamente hay mudanza de parte de las criaturas.

Pero en Dios no hay mudanza, la cual se ha de admitir en él, si decimos que con el tiempo ha empezado el mundo; porque si en un principio nada obrara, y despues le produjo, pasó del estado de quietud al de operacion. Luego Dios es mudable. La respuesta es muy sencilla.

En Dios el acto siempre es el mismo; únicamente hay mudanza de parte de las criaturas.

Mas dada una causa eficiente, siendo perfecta, no hay más remedio que suponer el efecto. Dios es causa del mundo y perfectísima; no tenemos, pues, otro camino sino conceder la necesidad del mundo ab æterno.

Algo más séria es la presente dificultad, y su apariencia más especiosa. Sin embargo, atendiendo á las dos clases de causas eficientes que existen, unas dotadas de libertad y otras sin ella, se desvanece por sí misma. Las causas libres no se ponen en ejercicio, en cuanto libres; hasta que quieran y como quieran. Que Dios sea libre no hay para qué probarlo. Por consiguiente, pudo crear y de hecho creó el mundo cuando le pareció; para su gloria ninguna falta le hacía.

Aquí se pudiera tratar de la repugnancia del mundo *ab æterno*, desde la eternidad; pero así como es nuestro ánimo no dejar nada capaz de dar luz á nuestras cuestiones, del mismo modo prescindimos de cuanto pudiera parecer inútil y sacado á plaza con la idea de ventilar cuestiones metafísicas de remota aplicacion.

Creado el mundo por Dios, ¿quién le conserva? ¿Verificase acaso por virtud propia, ó pende de la accion de la divinidad? ¿No pende constantemente, como de causa, del influjo divino, el mismo sér de las criaturas? Sin embargo, no se entiende ser un contínuo crear y aniquilar, para volver de nuevo á crear;

segun pensaba Fenelon (1); sino que la eficacia de la accion creadora mantiene constantemente en la existencia por tiempo determinado, ó eternamente, cual sucede con las almas, á cuantos seres alcanzan á formar parte de máquina tan grandiosa y magnífica como la mundana.

Por lo cual, toda diferencia entre la creacion y la conservacion es inexistente; cabiendo únicamente, si se atiende á que en el crear no se presupone cosa alguna, y en la conservacion se tiene el objeto creado.

¿Podráse, pues, dudar acerca de la conservacion inmediata de los seres por Dios? No hay medio: ó Dios directamente los conserva, ó ellos tienen bastante virtud para continuar su existencia. ¿Y cómo es posible puedan los seres continuar existentes, no conteniendo en sí mismos desde su aparicion real la razon para ello? A la verdad, á ser dueños de la razon de ser, sería ó esencial ó accidentalmente. No lo primero, pues entónces todas las criaturas serian necesarias; tampoco lo segundo, á no suponer su existencia ántes de ella misma, pues los accidentes suponen una sustancia ó sujeto donde encontrarse.

Además, tan necesaria es á las criaturas la accion directa para su conservacion como para ser criadas. Teniendo necesidad en la creacion de una accion directa y positiva, no podremos ménos de admitirla bajo el segundo aspecto, á no ser inconsecuentes con nuestra doctrina. Podria darse, sin embargo, la independenciam en la conservacion, si un instante estuviese ligado necesariamente con otro; lo cual no puede darse, ni por la voluntad de Dios, ni por la naturaleza de la sustancia creada. El imaginar siquiera ser posible con referencia á la voluntad de Dios, es improcedente, á no abrazarnos con un absurdo: dando voluntariamente el sér, voluntariamente puede tambien arrebatarse cuando quiera; y en tales circunstancias no podria.

La naturaleza de los seres no encierra en sí misma propiedad de tal género. Es tan indiferente para existir en un instante lo mismo que en otro; luego la misma causa por cuya virtud desapareció la indiferencia primitiva de existir ó no

(1) *Traité de l'exist. de Dieu*, Part. II, chap. v, . 3 *ème*

existir, debe operar, á fin de remover la misma indiferencia para continuar ó no existiendo.

No hace al caso la potencia infinita de Dios para crear algo capaz de existir por virtud propia. Tendríamos, pues, entónces una imposibilidad intrínseca al aparecer tal objeto; sería necesario y contingente al mismo tiempo, y ántes de la razon de su existencia cristiana (1).

Hasta aquí se ha considerado á Dios en su naturaleza y al mundo en cuanto á su primitivo origen. Veamos ahora si los seres mundanos son causas eficientes y Dios concurre con ellos en todas las operaciones y fenómenos que puedan sobrevenir.

Aristóteles define la causa eficiente diciendo: *Primum principium unde incipit motus...* El primer principio donde empieza el movimiento... Y en otra parte. *Primum principium mutationis et quietis.* El primer principio del movimiento y de la quietud. En general, causa eficiente no es otra cosa sino *aquello de donde dimana toda accion y todo término de ella.* Algunos rehusan admitir las definiciones de Aristóteles reemplazándolas por las siguientes. *Es un principio que influye en el efecto, adecuadamente distinto, con una verdadera accion,* lo cual explica la naturaleza de la causa eficiente, porque las demás causas, ó bien no influyen en un efecto adecuadamente distinto, á la manera de las materiales y formales, ó si influyen no lo hacen con una verdadera accion, cual acontece en los finales y ejemplares.

Dividiremos las causas eficientes en primeras y segundas; causa primera la independiente de todas en su obrar, siendo

(1) Veamos lo que sobre la conservacion dice San Agustin en el lib. iv, cap. 11 de *Generi ad litteram: Creatoris potentia et omnipotentis virtus causa subsistendi est omni creaturæ quæ, virtus ab eis, quæ creata sunt, regendis si aliquando cessaret, simul et illarum cessaret species, omnisque natura concideret. Neque enim sicut structor ædium, quum fabricaverit, abscedit, atque illo cessante absque abscedente stat opus ejus, ita mundus vel icire oculi stare poterit si ei Deus regimæn sui subtraxerit.*

Malebranché en el VII. Entret. Metaph. núm. 7. *Si el mundo subsiste es porque Dios continúa queriendo que exista. La conservacion de las criaturas no es, pues, de parte de Dios sino su creacion continuada. Digo de parte de Dios, que obra, porque de parte de las criaturas hay diferencias, puesto que éstas pasan de la nada al sér, por la creacion y por la conservacion continúan siendo. Pero en Dios la conservacion y la creacion no son más que una misma voluntad.*

solamente Dios; y segundas todas las que en su obrar penden de la primera: ejemplo todas las creadas.

No hay para qué advertir ser una necesidad hallarse en una causa, formal, eminente ó virtualmente cuanta perfeccion se encontrase en su efecto.

Además; ¿se podrá admitir lo dicho por Malebranche y algunos cartesianos sobre la carencia de toda actividad en las sustancias limitadas, con especialidad en las corpóreas, teniéndolas por simples ocasiones?

Tenemos un pleno conocimiento de verificarse actos intelectuales, voluntarios, sensitivos y espontáneos, los cuales todos radican en un principio vital intrínseco nuestro. ¿Cómo es posible mi vida y mi entender con actos extraños?

¿Para qué organismos tan preciosos y complicados? ¿Hay por ventura en los cuerpos alguna propiedad esencial que excluya de ellos toda actividad? ¿Son inactivos cuando afectan é inmutan nuestros sentidos?

Pero sobre todo, el mundo moral se desvanece, el mérito y demérito se reducen á nada; y la voluntad, sin actos libres, ninguna responsabilidad la liga, y su marcha fatal apareciera entónces en contradicción eterna con su naturaleza.

Dios, al obrar en nosotros, no lo ejecuta como causa única, sino como causa primera. Con lo cual podremos entender el sentido de la frase. *La ley de la naturaleza es la voluntad de Dios*, es decir, Dios ha regalado á cada uno de los seres mundanos un principio activo, á fin de que en su obrar se acomodara á la ley universal, impuesta por él cumpliendo con las leyes particulares inherentes á cada individuo; y no que sola la voluntad de Dios cause cuanto en los orbes se verifica, sirviendo lo demás de simples ocasiones: y mucho ménos en el sentido de identificar las fuerzas naturales con el querer divino, pues entónces nos hundimos sin remedio en el *Materialismo*.

La verdad es que, cuando una criatura obra, no obra ella sola, pues en todas las causas segundas se encuentra la cooperacion de Dios, ó lo que es lo mismo, obrando un sér cualquiera, hay en él un influjo de la virtud divina.

El concurso es mediato ó inmediato: mediato cuando una causa tributa á otra la virtud de obrar; é inmediato cuando se

produce el mismo efecto con el influjo de dos ó más en los mismos instantes.

El concurso inmediato de Dios, no puede negarse en modo alguno.

Las acciones y efectos de las causas segundas indudablemente son algo real. Ahora bien; la creacion únicamente se diferencia de la conservacion bajo un aspecto nocional. Si, pues, tales efectos y acciones son producidos independientemente de Dios, pueden conservarse sin su influjo conservador; luego ó no puede negarse su influencia inmediata para la produccion de ellos, ó de lo contrario Dios no interviene en la conservacion, y si no, ¿por qué siendo innecesaria su influencia inmediata para la produccion, ha de serlo para la conservacion de los seres? Si para la segunda se necesita, con mayor razon ha de darse para su comienzo. Y es claro que tal concurso deberá acomodarse á la naturaleza de las causas, no impidiendo en las libres el ejercicio de su albedrío, acomodándose cual el agua al caño colocado para su salida.

Una advertencia ántes de concluir. El efecto producido por la accion humana y divina ó por alguna causa ó causas necesarias y Dios, no debe atribuirse parte á Dios y parte á la criatura, sino todo á cada uno de ellos, pero de diversa manera: á Dios como causa primera é independiente, y á la criatura cual á causa segunda y pendiente de la primera, por lo cual son totales dichas causas, á su modo, para producir todo el efecto.

Llegamos por fin á la última cuestion que hemos de tratar sobre la divinidad. Cuestion interesantísima, tanto por su propio valor, cuanto por la actualidad que reviste, siendo la doctrina contraria uno de los errores más trascendentales de la época moderna. Me refiero á la Providencia divina. Tal es « una voluntad que dispone y dirige sabiamente al fin el órden de los medios. »

Dos cosas débense distinguir para apartar la más insignificante niebla de error alguno: la providencia propiamente dicha, y la gobernacion: siendo la primera la razon divina que dispone todas las cosas: y la segunda la ejecucion de tal disposicion. Los autores de primer órden comprenden ambas

ideas con solo el nombre de Providencia. Nosotros haremos lo mismo.

Ya desde la antigüedad no han faltado quienes pretendieran oscurecer una verdad tan clara y necesaria, siguiendo tal vez la voz de las pasiones, más bien que la del entendimiento ilustrado. Pero en los tiempos actuales, tal cuerpo ha tomado en su desarrollo un error tan craso, y tantos son los velos con que se les encubre y adorna, que tal vez cautivará á alguno, y más favoreciendo en grado superior al estímulo de la sensibilidad.

Unos, al imaginar ser el mundo hijo de la casualidad ó de la fortuna, y otros, teniéndole por una necesidad de la misma naturaleza, ó cual fruto espontáneo de su fecundidad, á no contradecirse ellos mismos, no pueden ménos de negar la Providencia.

Más raro es lo del rabino Moisés, quien al admitirla para los hombres, la niega para los demás seres, como si no se encontraran del mismo modo en la esfera de la creacion.

¿Y qué razones se pueden ofrecer para negar á Dios una prerogativa tan noble? ¿Acaso no conoce las criaturas? Su ciencia es infinita. ¿O no alcanza su poder á tanto? Es omnipotente. ¿O por ventura no quiere? Pero muy difícil es que suceda de semejante modo, una vez creado el mundo. Al contrario, impropio es de la divinidad crearle y despues abandonarle á sí mismo, para que constituya el órden y encamine los medios al fin. *¿Quis imperator negligat operis sui curam? ¿Quis deserat et destituat quod ipse condiendum putavit? ¿Si injuria est regere, nonne major injuria est fecisse? Cum aliquid non fecisse, nulla injustitia sit, non curare quod feceris summa inclementia.* Así se expresa San Ambrosio en el libro de *Officiis*, lib. I, cap. XIII.

Dios, como sér espiritual é infinito, es por excelencia inteligente. Luego nunca dejará de obrar con algun fin, y entónces por necesidad ha de querer los medios. Mas éstos por sí solos, y sin colocacion y órden alguno, nada consiguen. Luego Dios ha de disponerlos y dirigirlos para la consecucion del fin. Toda la universalidad mundana, obra es que con su potente *fiat* brotó del no ser al ser. No pudiendo negarle algun fin en la creacion, tampoco se le negará que deba disponer y dirigir,

y de hecho lo lleve á su debido término cuanto proceda de su accion creadora. Dios es, pues, sumamente pródigo.

Para echar completamente por tierra á los que atribuyen á la casualidad y fortuna cuanto existe, basta la simple nocion del órden. Siendo tal y tan perfecto en el mundo, no hay más remedio que confesar un ordenador, si no queremos ver efectos sin causas. Tres versos de Boecio confirman nuestra doctrina.

O qui perpetua mundum ratione gubernas.

Terrarum cœlique sator, qui tempus ab ævo

Ire jubes, stabilisque manens das cuncta moveri.

Y el comun sentir de los pueblos en semejante materia, ¿no confirma lo arriba expuesto? Siempre en las mayores dificultades acudimos á la divinidad, considerándola como la única que puede, ó bien calmar nuestros dolores, ó ya poner limite, ó al ménos mitigar nuestras penas (1).

No há mucho se ha hecho constar que Dios siempre obra con algun fin. A cuantos seres, pues, alcance con su accion, debe alcanzar la razon de ser ordenados y dirigidos por él al fin supremo. No hay ninguno independiente de él, ni en su principio ni en su conservacion: todos, pues, se encuentran en el inmenso campo de su providencia, y cada cual conforme á su naturaleza, los unos como libres y los otros como causas necesarias. Esta es una de las razones del Angel de las escuelas.

Una dificultad insoluble, al parecer, viene sobre nosotros; pero con atender á lo arriba dicho, ella misma se desvanece. La dificultad es un corolario del *Materialismo*. El gobierno del mundo no pertenece á la Providencia; es propio y exclusivo de la Ley. Kepler, con su potente genio, ha descubierto tres leyes, bajo las cuales los astros marchan triunfantes en su carrera. La fuerza de la gravedad ha sido sorprendida por Newton, y últimamente Darwin, con su teoría del desenvolvimiento ó de la evolucion, ha dado el último golpe. ¿Qué necesidad hay, pues, de la Providencia divina?

(1) Nemesio. *La facultad del alma*, cap. XLIV.

Si Malebranche peca por cortó al establecer el *Ocasionalismo*, los partidarios de la Ley, como única moderadora del órden mundano, pecan por largo. No niego que en el mundo haya leyes con las cuales se verifiquen los movimientos de los ástros, la caída de los cuerpos y las combinaciones químicas. ¿Pero esas leyes existen independientemente fuera de ellos, cuyos movimientos ó cambios ocasiona? Supongo que no habrá alguno que lo afirme; y entónces no pueden ménos de ser limitadas, ya que existen en sujetos limitados; serán contingentes, ya que son propiedades de seres contingentes, y que no tienen en sí mismos la razon de su existencia; débese buscar en un ente supremo y necesario, bajo cuyo influjo produzcan fenómenos tan grandiosos y sublimes. Kepler y Newton son dos gigantes de la ciencia, y han formulado con símbolos matemáticos parte de las leyes con las cuales la divinidad gobierna la creacion. No las niego, las admito, y digo más aún, son una conquista preciosa; pero ni Kepler ni Newton han dicho, cómo hombres sensatos, que semejantes leyes sean la razon última de los movimientos verificados bajo su norma, ni las presentan existentes por sí mismas. Cuantas leyes y acciones se verifiquen bajo su imperio, penden inmediatamente de la conservacion y concurso de Dios, y por consiguiente, como leyes, no están libres de la influencia divina. Respecto á Darwin más tarde hablaremos más extensamente al tratar del *Materia-lismo*; pero aún en el caso de admitir su hipótesis, le aplicaremos el mismo argumento; una vez que las fuerzas naturales no obran por sí solas, ni existe ley alguna fuera del dominio de Dios, segun queda probado ya.

Para dar fin á este párrafo voy á poner á continuacion unas palabras de Ciceron, las cuales no podrán ménos de sorprender siendo de un filósofo gentil:

Nequaquam in republica bene morata toleranda disputationes contra Deum et ejus providentiam. Mala enim est consuetudo disputandi contra Deum, sive id ex animo fiat, sive simulate.

En toda sociedad bien ordenada de ningun modo se deben permitir disputas contra Dios y su providencia. Porque es costumbre mala el disputar contra Dios, ya se haga verdadera ó fingidamente. Y en otra parte añade:

Si dii neque posunt nos juvare, nec volunt, nec curant omnino; ¿quid ullos diis immortalibus cultus, honores preces exhibemus?

Si no pueden, ni quieren, ó no procuran los dioses ayudarnos, ¿para qué ofrecemos á los dioses inmortales cultos, honores ni preces?

¿Diremos, pues, ahora, que solamente puede probarse con mayor ó menor probabilidad la existencia, y por consiguiente, los atributos de Dios, segun se expresan Egidio Colonna y el cardenal Alliaco? ¿Admitiremos con Socino (*In Mis cella.*), que el hombre no puede conocerse á sí mismo, ni á Dios, ni su voluntad, siendo necesario que estas cosas le sean manifestadas de algun modo por el mismo Dios? *¿Homo ipe per se nes se ipsum, nec Deum, ejusque voluntatem cognoscere potest; sed necesse est ut hæc illis Deus aliqua ratione patefaciat?*

¿Será nuestro sentir el de Ustoredo al decir que cuanto los hombres saben de Dios ó de la divinidad no lo alcanzan naturalmente, ni por la consideracion de las criaturas, sino por medio del oido? *Quantum homines de Deo aut Deitate sciunt, id non habent à natura, neque ex consideratione creaturarum, sed ex auditu. Ab initio enim deus sese hominibus patefecit.* Por la razon arriba expuesta bien en claro se ve el flaco de semejantes aserciones. Y si en ello dudara alguno, el señor Moreno Nieto en su discurso de apertura de las cátedras del Ateneo, publicado en el *Boletin* del mismo nombre, podrá sacarle de duda, y recrearle al mismo tiempo con la brillantez de su elocuencia y lo galano de su diction.

BERNARDINO MARTIN.

SECCION HISTÓRICA.

DE LOS ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS EN ESPAÑA.

I.

Hace más de sesenta años que era España rico museo de toda clase de monumentos artísticos. La arquitectura había poblado de ermitas y castillos nuestras montañas, de monasterios nuestros valles, de iglesias y palacios nuestras ciudades y aldeas, de modo que todas las formas de la belleza arquitectónica estaban representadas en edificios, ora humildes, ora espléndidos pero siempre monumentos insignes que atestiguaban las virtudes de nuestros padres.

La pintura y la escultura, como dos hermanas generosas, se habían complacido en adornar y embellecer las obras de la arquitectura, y no había iglesia, ni palacio, ni convento que no ostentase en los altares, en los salones y en los claustros frutos admirables de los pinceles y buriles de nuestros artistas cristianos.

El viajero que recorría nuestro país hallábase á cada paso sorprendido por alguno de estos monumentos del arte nacional, que le hacían pensar con entusiasmo, ya en los sacrificios, luchas y victorias de nuestros mayores, que en enriscadas fortalezas defendieron con increíble denuedo y constancia indomable la libertad de la patria, y con la patria la Religión y la monarquía bajo el glorioso lema de *Dios, Patria Rey*; ya en la virtudes heroicas, en las obras de incalculable ciencia de nuestros monjes, que en el sosiego de los claustros, como vigías de la fe en las playas del mundo, anunciaron la verdad á los pueblos, y difundieron en campos y ciudades los inagotables tesoros de la moral evangélica. ¡Qué delicioso sería viajar de este modo por España! ¡Qué hermosas aquellas antiguas peregrinaciones en que los fieles, de maravilla en maravilla, recorrían nuestras comarcas, recogiendo en todas partes altas y nobles impresiones que el arte y la religion grababan hondamente en sus piadosas almas.

Sigamos por un momento los pasos de un antiguo peregrino, para recrearnos en el cuadro que á la sazón ofrecía la España cristiana, embellecida por mano de la fe.

Antes de emprender su viaje abríansele al peregrino las puertas del convento vecino, donde se preparaba con las santas provisiones del cielo para el viaje que iba á emprender á remotas comarcas. Y no era sólo el agua de la penitencia y el pan de los ángeles lo que allí recibía; no, que al recorrer los silenciosos claustros contemplaba en los muros retratadas las escenas de mortificación de los santos cenobitas, que ántes que él habian hecho felizmente las peregrinaciones de Roma, de Jerusalem, de Santiago, donde se habian fortalecido para el rigor de las penitencias y la soledad de los desiertos.

El peregrino salía del monasterio, y á los pocos pasos de la poblacion las santas ermitas de la Santísima Virgen abríanle nuevo lugar de descanso y nueva fuente de gracias espirituales. El arte habia acudido á llenar todas las necesidades, así las del cuerpo, que exige reposo y abrigo, como las del alma, que pide consuelo en las aflicciones y fortaleza en los trabajos. Por esto habia poblado de ermitas nuestros campos, donde el caminante hallaba dulce abrigo contra la crudeza del invierno, sombra bienhechora en la estacion de los calores, y siempre grato aliento para su alma cristiana y devota. Y habia hecho más, en las encrucijadas de los caminos, en la cima de las montañas, en los sitios peligrosos é inhabitados, habia levantado cruces de piedra que eran como faros de salvacion para los viajeros perdidos en la soledad de los campos y en las gargantas de los montes.

El peregrino saludaba al pasar estos monumentos de piedad, erigidos por un arte creyente y caritativo, previsor y fecundo, y seguía su camino por entre monasterios y castillos, que eran otras tantas hospederías donde podían demandar amparo en nombre de Dios. Si llamaba á la puerta del castillo, pronto caía el puente levadizo ante este mensajero de la paz, y en los salones espléndidos de los señores, á su misma mesa, cubierta de magnífica vajilla de oro y plata, sentábase el peregrino, que en su humilde bordon lleva un título de indisputable nobleza. ¿Qué obras de gusto y de piedad no habria depositado el arte en los patios, corredores, salas y capillas del castillo señorial? Pues el peregrino era conducido por el opulento magnate de patio en patio, de corredor en corredor, de sala en sala, de capilla en capilla, para que en todas partes admirase los insignes monumentos del valor, de la nobleza, de la piedad, levantados en la régia morada por los artistas más eminentes de todas las épocas y naciones.

Fortalecido con este descanso, el devoto peregrino volvía á emprender su marcha, y siempre hallaba al sorprenderle la noche, ó castillo ó monasterio donde guarecerse, y recibir estas nobles impresiones del arte, de que eran estas casas inagotables tesoros.

Cuando llegaba á una ciudad importante, los monumentos artísticos le rodeaban por todos lados. Las casas, áun las más humildes, con sus portadas bizantinas ó góticas, sus aleros de finas maderas labrados; sus ventanas festoneadas de encajes de piedra, sus patios con esbeltas columnas y severos artesonados, todo, hasta lo más bajo y vulgar, realizado con el brillo y la majestad de las artes. De las iglesias no digamos nada: allí los artistas se habian excedido á sí mismos. Desde la cripta, con sus macizas columnas y sus bóvedas sombrías, hasta la aguja, con sus caladas filigranas y su dorada cruz, todo estaba cuajado de monumentos artísticos. El peregrino visitaba todas las iglesias, no tanto para admirar estas obras preciosas del arte cristiano, cuanto por venerar las reliquias y objetos santos encerrados en ellas. Aquí un altar erigido por algun príncipe en memoria de una victoria contra los infieles; allí una urna de mármol ó de pórfido, muchas veces de plata ú oro, abierta á los restos mortales de algun varon insigne, que murió santamente y fué elevado á los altares; en este templo una capilla esmaltada de reliquias depositadas en magníficas ornacinas; en aquel un claustro por donde discurrieron doctores esclarecidos de las Órdenes religiosas, Órdenes de sabios y de Santos; en todas las iglesias, en fin, cuadros asombrosos, estátuas admirables, sepulcros, altares, coros, bautisterios, bañados en los vivos matices del sol, que penetraba en los templos á través de los cristales de colores que cerraban las rasgadas ojivas.

Los fieles en estos lugares, templos á la vez de la religion y del arte, embellecidos por las manos de la piedad y del genio, sentian la atraccion irresistible de las cosas santas, la majestad imponente de los misterios de la Religion, y columbraban á través de las bellezas sensibles del arte cristiano las luces inefables de la belleza del cielo.

Pero sigamos á nuestro peregrino, el cual no sólo visitaba los templos de las ciudades por donde pasaba, sino que recorria los claustros de los principales conventos, empedrados de joyas artísticas; los hospitales donde la caridad se habia complacido con maternal anhelo en rodear de encantos y bellezas los lechos de los pobres enfermos, para dulcificar sus dolores, no sólo con las medicinas del cuerpo, sino con las más eficaces del espíritu; recorria las calles y plazas, llamaba á todas las puertas con el saludo del *Ave María*, y

al par que recogía limosnas para proseguir su viaje, cosechaba rico botín de impresiones religiosas y artísticas.

Llegado al término de su peregrinación, el penitente se halla rodeado de innumerables maravillas, ora en la Basílica del Santo Sepulcro, ora en la del Gran Constantino, ora en la del apóstol Santiago, porque estos templos, que, como imanes poderosos atraían á su recinto á toda la cristiandad, no eran sólo tesoro de devoción por sus venerandas reliquias, sino también museos de todas las artes formados por los donativos de los fieles de todo el mundo.

Quando el peregrino, cumplido su voto, regresaba á su aldea, era más que un cristiano fervoroso, era un verdadero artista, educado en las escuelas de tan espléndidos santuarios, de tan ricos monasterios, de tan régios alcázares, de tan variadas y artísticas poblaciones. De este modo el arte se hacia popular, y reflejaba hasta en las costumbres domésticas los puros encantos de sus obras peregrinas y bellas.

Esta era la sociedad antigua, esto era España en otros tiempos de mayor esplendor para la Iglesia y de más grandeza y gloria para la patria. Ahora bien, ¿qué se ha hecho de esas cruces y ermitas de nuestros caminos que servían de guía y amparo á los caminantes; de esos muros que ceñían el cuerpo de nuestras ciudades, para fortalecerlas contra sus enemigos exteriores; de esos arcos triunfales por donde nuestros reyes y caudillos pasaron cargados de laureles; de esos monasterios, planteles de la virtud y la ciencia engalanados por la fe y por las artes; de esas iglesias, en fin, donde el genio español había impreso los caracteres indelebles de su piedad y su patriotismo?

Volvamos con dolor la hoja de nuestra historia antigua para echar una mirada á la moderna; pasemos de los monumentos que levantó la religión á las ruinas que amontonó la barbarie.

II.

Fué el siglo pasado en ciencias, en política, en artes y en costumbres, época fatal de corrupción y envenenamiento. Las abstracciones de Descartes minaron la filosofía, que se inclinó desplomada sobre los dos abismos del sensualismo y del pauticismo, unidos por el lazo comun de la impiedad; las teorías anárquicas de Rouseau minaron los tronos, abriendo brecha en las naciones por donde se introdujeron los principios de la demagogia y las prácticas del socialismo; las frias reglas del clasicismo esclusivista y recalcitrante sofocaron las creaciones espontáneas y puras del genio cristiano, y

por efecto de tantos errores y vicios, de tantos desórdenes y asechanzas las costumbres se relajaron y corrompieron, dando paso al espritu pagano que informa la civilizacion moderna.

Cuando se estudian las obras de este siglo funesto y se observa en ellas tanta corrupcion, tanta y tan deplorable decadencia, el ánimo presiente las calamidades del siglo actual, los errores de la falsa ciencia, las revoluciones de la política impía, las ruinas de los monumentos artísticos y el triunfo vergonzoso de la cultura pagana. Allí se encuentran las premisas de este silogismo infernal, cuya conclusion definitiva será, si Dios no lo remedia, el imperio de la barbarie.

Por lo que hace al objeto de esta observacion, es decir, á la vida de las bellas artes, la decadencia del siglo pasado se encuentra retratada en las pesadas construcciones greco-romanas, hechas á semejanza de los edificios de Atenas y de Roma; como si el arte fuera ordenado amontonamiento de piedras, conforme á un modelo inalterable, que así sirve para levantar altares como portadas de teatros, y así se acomoda al servicio de Dios como al lujo y comodidad de los hombres. Verdad es que en el siglo anterior la arquitectura habia caído en espantosa corrupcion y desenfreno, que los extravagantes delirios de Churriguera, Rivera y Baubás produjeron obras monstruosas de deplorable mal gusto; pero tambien nos parece innegable que la restauracion francesa de Felipe V no curó de su locura á nuestros artistas, sino que los amarró á las inflexibles reglas de Vitrubio. Los locos fueron encerrados en macizas prisiones, y el arte no se salvó, sino que pereció asfixiado bajo las cadenas del exagerado y cruel clasicismo.

Lo declaramos ingenuamente: al estudiar los monumentos arquitectónicos del siglo xvii con sus cortinones de piedra, sus guirnaldas de flores, sus canastillos de frutas, sus coros de ángeles, sus legiones de demonios, sus columnas retorcidas y sus enmarañados adornos, sentimos amorosa compasion por sus autores, ingenios extraviados en el mundo de la inspiracion artística, pero ingenios, al fin, fecundos, ardientes, aventureros y fantásticos hasta la más rematada locura. En cambio, al llegar el siglo xviii, vemos entrar por el Pirineo un cortejo de artistas — médicos, hombres juiciosos, formales, que realzan la majestad de su figura con luengos y empolvados pelucones, sabios á toda prueba, que conocen los secretos de Hipócrates y todas las reglas de curar que inventaron los griegos y latinos. Estos doctores vienen á curar á nuestros locos artistas; pasean las calles de la corte, toman el pulso á los edificios enfermos, y sin reparar en la naturaleza, en la indole, en el carácter del genio

español, tan perdido ven el arte, que se deciden á encerrarle en un manicomio para poner coto á sus locuras y extravagancias. De este modo el arte de los últimos días del siglo xvii fué un arte extrañado; pero el del siglo xviii fué un arte muerto.

No busquemos inspiracion en las obras de estos grandes doctores; su arte de recetas sirve para cortar las calenturas, pero de tal modo, que apagan el calor vital del corazon del arte. Nosotros levantaríamos á D. Ventura Rodriguez una estatua por su mucho saber, por su mucho juicio, por sus rectas intenciones; pero no se la levantaríamos en las salas del Museo del Prado, sino en las clínicas de San Carlos. Fué, siguiendo la metáfora, un gran médico, pero un mal artista.

El hecho es, que á pesar de lo que se llama restauracion del arte en el siglo pasado, los edificios antiguos, levantados al impulso de la fe y del patriotismo, padecieron bajo la mano desalmada del mal gusto tales profanaciones, que apenas se conciben si en ellas se repara. Cayeron al suelo las ventanas góticas, los arcos ojivales, los gallardos ornatos de la arquitectura cristiana y española, para ser reemplazados por los miembros helados de la arquitectura greco-romana. Los monumentos que se mantuvieron en pié fueron embozados en pesadas capas de yeso, y no hubo apenas iglesia ni palacio por donde no pasara el rasero de Vitrubio, igualando las formas ricas y variadas de la arquitectura antigua. En este estado de postracion entraron casi todas las artes en el siglo presente, el cual sacó bien pronto las consecuencias de tales premisas, sentadas por el mal gusto.

A la muerte sucede la descomposicion; á las profanaciones del siglo xviii sucedieron las ruinas del siglo xix.

Quando se piensa en los brutales estragos de la revolucion moderna, cuando se ve el suelo de España cubierto de escombros, salta naturalmente á la memoria el recuerdo de los vándalos. Pero luégo que se investiga el origen de tales atentados, los medios por que se han llevado á efecto, las circunstancias que han acompañado y seguido á su ejecucion, el ánimo imparcial reivindica para los vándalos un concepto más noble que el que merecen las devastaciones revolucionarias. No ultrajemos, pues, la memoria de los bárbaros comparándoles con los demagogos; no rebajemos las hordas de los Gensericos y Gengiscans para ponerlas al nivel de los discípulos de Mendizabal. Existe en el cuerpo de nuestras leyes una circular dirigida por el Gobierno al Director general del Tesoro público, con fecha 18 de Mayo de 1837 que no se hubiese atrevido á suscribir el mismo Atila.

«Quiere S. M., decia, que la junta superior de enajenacion de

edificios y efectos de los conventos suprimidos desplegue *toda* su actividad y celo, y *excita poderosa y eficazmente* la energía de las de provincias, sus subalternas, para que se promueva *cuanto sea dable* LA DEMOLICION DE LOS CONVENTOS, la division de sus terrenos en solares, y la enajenacion de éstos para la construccion de nuevos edificios, etc.» El Ministro esperaba que por este medio lograria «dar ocupacion á brazos necesitados, y mejoraria la propiedad particular y se promoveria la riqueza pública.»

Ahora bien; el historiador del arte en España, al llegar á este siglo, tiene que encabezar su narracion con esta sentencia de muerte lanzada por la revolucion contra la cultura española, representada en sus monumentos artísticos.

Sólo Dios sabe cómo la sentencia se llevó á cabo. La impiedad, la ignorancia, la codicia, todas las malas pasiones se coligaron para devorar nuestros monumentos artísticos, y casi de un golpe cayeron á tierra obras levantadas por las manos de diez siglos. Porque no fueron sólo los 1.834 conventos que á la sazón habia en España, las víctimas de la tormenta revolucionaria; á la par que los claustros bizantinos y góticos, poblados de joyas artísticas de inestimable precio, cayeron al suelo los restos venerados de nuestros castillos de la reconquista, bañados en la sangre de nuestros héroes; cayeron las severas picotas feudales, horror de los malhechores; las lápidas blasonadas, orgullo de nuestros nobles; las inscripciones históricas, patentes de nuestras glorias; los cosos donde justaban los antiguos caballeros, las ermitas donde se albergaban los peregrinos, los palacios levantados por la opulencia de los reyes, y los templos erigidos por la piedad de los pueblos.

¡Cuán distintas impresiones recibe hoy el viajero en España que las que ántes hemos apuntado de los antiguos peregrinos! La devastacion reina en nuestros campos desiertos, en nuestros pueblos miserables, en nuestras ciudades vestidas á la moderna. Ruinas del castillo en la montaña, ruinas del monasterio en el valle, ruinas del palacio en la ciudad, ruinas del arte, del corazon y del sentimiento en todas partes. España es un inmenso osario, donde andan revueltos y confundidos los despojos de la cultura cristiana, convirtiéndose en polvo y ceniza para que los arrebate el viento.

Ahora bien; los pueblos que no conservan con amor, con celo, con entusiasmo estos despojos queridos, recuerdo de sus grandezas pasadas, no pueden abrigar legítimas ni fundadas esperanzas de restauracion social. El solo instinto del amor hace buscar con afan y guardar con ahinco al que ama las prendas de la persona querida;

¿cómo los pueblos que aman sus tradiciones, su glorias, su grandeza, su religion no han de querer conservar los restos de sus monumentos artísticos, para perpetuar la memoria de los objetos de su amor? Ya que en mal hora nos dejamos arrebatar los monumentos, ¿por qué no reparar el mal cuidado hoy de conservar lo poco que nos queda? A este fin se dirigen las presentes observaciones, que han de hallar extenso desarrollo en los artículos sucesivos.

III.

Dijimos en el artículo anterior que los pueblos que no conservan con amor y con entusiasmo los restos de sus monumentos artísticos, como recuerdo de sus pasadas grandezas, no pueden abrigar la esperanza de una restauracion social. Y en efecto, ¿qué son los monumentos artísticos sino el retrato fiel del carácter de los pueblos, la expresion viva y exacta de sus creencias y sentimientos? En los inmensos hipogeos de Mahabalipur, Elefantina y Ellora, retrató el pueblo indio su carácter meditabundo, misterioso y sombrío, formado en el abismo de sus meditaciones panteistas; en las *cellas* y pirámides de Egipto dejó el pueblo de los Faraones grabada su fisonomía sacerdotal, aristocrática y guerrera; en los graciosos templos de Grecia y en los soberbios palacios y monumentos de Roma estamparon los pueblos gentiles del Atica y del Lacio la huella de su independencia y de su dominacion, y en las grandiosas y sublimes catedrales góticas escribieron con piedras los siglos cristianos la epopeya gigantesca del dogma católico. Pero donde más claramente se manifiesta, para nosotros al ménos, esta expresion inalterable del arte, es en nuestra patria, cuyos monumentos forman la historia exactísima de nuestro carácter nacional.

« ¿Quereis conocer, decíamos en otra ocasion, el verdadero carácter del pueblo español? Pues buscad en el arte la clave misteriosa de sus hechos memorables. La arquitectura os ofrecerá el espectáculo magnífico de sus templos levantados en los siglos XII y XIII, templos y fortalezas á la vez como expresion genuina del carácter religioso y militar del pueblo español. Vereis el sello de la Reconquista impreso en sus gruesos muros, en sus torres almenadas, en sus robustos machones y en su aspecto noble y sombrío; porque son los templos de la piedra católica defendidos por el brazo del heroísmo caballeresco. Si pedis á la pintura su vivo testimonio, os presentará en primer término, en la inmensa galería de sus obras religiosas, las incomparables *Concepciones* del pintor teológico, como un ilustre escritor

ha llamado á Murillo, para demostraros que ningun pueblo de la tierra ha concebido como el español, fervoroso amante de la Virgen Inmaculada, una imagen más bella de su purísimo rostro, donde brilla misteriosa la luz sobrenatural. La poesía, por último, que es el arte por excelencia, cantará á vuestro oído en las dulcísimas líras de nuestros poetas místicos los puros afectos del corazón cristiano; representará á vuestra vista los grandes misterios del cristianismo en los *Autos Sacramentales*, y os narrará finalmente las gloriosas hazañas de los bravos caballeros que con su espada y su cruz salvaron en cien combates la independencia de la patria.»

El genio español ha reproducido en sus obras las maravillas de la fe, las hazañas del patriotismo, ejes sobre los cuales gira la historia de nuestras glorias inmortales y de nuestros esclarecidos triunfos. Desde la basílica de Covadonga hasta el monasterio del Escorial, la mayor parte de nuestros monumentos artísticos son el fruto de algun hecho memorable en los anales de nuestra independencia. Por eso en ellos el arte grabó los rasgos característicos de nuestra fisonomía cristiana, formando de tan magníficos monumentos como un altar gigantesco donde los siglos ofreciesen á Dios el incienso de sus oraciones y de sus lágrimas.

La revolucion, que venía á paganizar á España, lo comprendió así, y por eso procuró borrar hasta la última huella de las glorias pasadas, derribando las piedras de ese altar admirable erigido al culto del Dios verdadero. Mucho contribuyó á esta empresa la ignorancia; no hizo poco la codicia desapoderada y ciega; pero en el fondo de esta obra demoleadora ocultábase el espíritu de la infernal malicia interesado en hacer desaparecer de nuestro suelo las ejecutorias de nuestra nobleza cristiana. Por eso, sin duda, fueron el objeto predilecto de sus ultrajes los monasterios, planteles de virtud y ciencia, de donde habian salido las claras corrientes de la civilizacion, que fecundaron el suelo de España, ya regado desde antiguo con sangre de mártires. No cae la hiena de los bosques sobre el manso corderillo y le desgarrá y devora, como cayó la revolucion sobre los antiguos monasterios, nutridos de maravillas artísticas. Derribó puertas y murallas, asaltó los altares, despojó de sus ornamentos á las imágenes, echó por tierra columnas y estátuas, registró con codicioso anhelo hasta los últimos rincones de las celdas, arrojó por las ventanas los libros de los archivos y bibliotecas, desmontó las campanas de las torres, y cuando ya no le quedaba nada sobre la tierra que rebuscar, abrió las losas de los sepulcros y bajó á los subterráneos á *incantarse* en los sudarios de los muertos.

Bien se comprende que después de esta expoliación horrible ha de ser muy poco lo que reste de los monumentos antiguos. Allá en las playas de Inglaterra y otros países salieron á tierra algunos preciosísimos restos del naufragio; restos que para adorno de sus opulentas moradas pagaron á peso de oro á los pescadores los aristócratas extranjeros. En España es muy poco lo que queda; pero no obstante, como fué tanta y tan escogida nuestra riqueza, aún subsisten por fortuna escondidos algunos preciosos despojos de lo pasado en las ruinas de los antiguos monasterios, en el dichoso olvido de las iglesias rurales, en las entrañas de la tierra á veces, puesto allí por mano bienhechora para preservarlos de la borrasca. Estos preciosos restos perecerán sin duda, si no se corta las alas al viento del vandalismo que nunca se sacia de ruinas y de lágrimas. ¿Pero cuáles son las alas del vandalismo? Ya lo hemos dicho ántes; la ignorancia por una parte, como madre fecunda de la barbarie, y la codicia por otra, como hija natural de la corrupcion de las almas.

Combatir estos dos vicios de los tiempos presentes, llevando á las inteligencias la luz de la verdad y á los corazones el calor de la virtud, es obra por todo extremo eficaz para destruir los frutos ponzoñosos de la revolucion. Ciertó que ésta no es sólo la obra del arte y de los monumentos, como el vandalismo no se alimenta sólo de escombros, sino que devora todos los frutos de la civilizaci6n cristiana; pero no cabe duda que restaurando las grandezas de los pasados tiempos simbolizadas en los monumentos artísticos, se inaugura la empresa de restaurar en las almas y en las instituciones el espíritu católico que aquéllas representan.

Hé aquí el objeto de los estudios artísticos que nos atrevemos á recomendar, no sólo á los católicos en general, sino á los que de algun modo toman parte en la obra educadora de la juventud. Pero la arqueología, se nos dirá, no alcanza tanto. En efecto, esta palabra tiene muy distintas acepciones, y por eso hay necesidad de determinar la que nosotros le damos al presente. Cuál debe ser el carácter de los estudios arqueológicos hoy en España, para que den los frutos que señalamos, será objeto de algunas indicaciones en el artículo siguiente.

IV.

En su acepci6n más genérica, la arqueología se define *ciencia de las antigüedades*, y comprende, en este concepto, otra gran variedad de ciencias como la numismática, la epigrafía, la cerámica, cada

una de las cuales estudia la antigüedad en una rama especial de sus diversas manifestaciones. Otros entienden por arqueología el estudio de las obras arquitectónicas, por ser éstas las que más fácilmente retratan la fisonomía y carácter de los tiempos pasados. Por último, hay quien bajo este nombre comprende el estudio de las bellas artes en su desenvolvimiento histórico, ó de otro modo, la historia de los pueblos, escrita en sus monumentos artísticos.

En este último sentido la usamos nosotros, no porque nos parezca el más exacto ni el más preciso; sino por acomodarse mejor al propósito de estas observaciones, y porque va siendo el más usual entre los arqueólogos y literatos. En los siglos anteriores, cuando los benedictinos y bollandos cultivaban la arqueología, tenía esta ciencia un carácter muy diferente. Aquellas ediciones *princeps*, aquellas colecciones de manuscritos, aquellos tesoros de noticias históricas y científicas desenterrados de los archivos monacales y de las bibliotecas eclesiásticas, abrieron á los estudiosos y eruditos los caminos de la antigüedad, poniendo á su vista las obras más notables de los pasados tiempos, y especialmente de la civilización griega y romana. Los trabajos de estos sabios serán siempre admirados como frutos maravillosos del estudio de los frailes, que en el silencio y soledad de sus celdas levantaron monumentos imperecederos á las ciencias divinas y humanas, monumentos sin rival en la historia de los adelantos científicos de todas las épocas. Empero la arqueología de esta manera cultivada, carecía de verdadero punto de vista para estudiar los monumentos artísticos, pospuestos, en cierto modo, á los diplomas y medallas, en que tanto se complacía la erudición de los sabios.

Los cuales, si examinaban las obras artísticas de la antigüedad, era sólo para dilucidar á su luz cuestiones teológicas, litúrgicas, históricas, nunca para apreciar su valor *estético*, es decir, el pensamiento poético expresado en ellas. Fué trabajo posterior el de los arqueólogos — artistas que con la antorcha de la crítica *estética*, estudiaron los monumentos de lo pasado para restaurar en lo presente y en lo porvenir las ideas y sentimientos cristianos del arte de la Edad-media. En la primera mitad de este siglo fué cuando Caumont en Francia, Boisserée en Alemania, Welby Pugin en Inglaterra, y otros arqueólogos en estos y en otros países inauguraron la empresa de aclimatar en los tiempos modernos las flores de la Edad-media, y crearon, por decirlo así, una arqueología nueva, con tendencias á promover la restauración de las ideas cristianas por medio de la restauración de los monumentos artísticos.

A este fin se enderezan los admirables estudios del sabio arqueólogo romano D. Juan Bautista Rossi, autor de la *Roma Sabterránea*, á quien nunca agradeceremos bastante el favor que nos hizo cuando visitamos la ciudad eterna de enseñarnos á la luz de sus conocimientos las catacumbas de San Calixto, en la vía Apia. Entónces tuvimos ocasion de confirmarnos en la importancia de la arqueología cristiana para el esclarecimiento de difíciles cuestiones históricas, aprendiendo á leer en las ruinas de los monumentos el lenguaje vivo de los tiempos pasados. Gracias á los estudios de sabios tan eminentes, la arqueología clásica cede su puesto á la cristiana, más poética y fecunda, y vemos salir de todas las naciones cultas obras maravillosas informadas del espíritu de la Edad-media.

Ya no es la arqueología patrimonio sólo de los sabios; animada por el sentimiento del arte muéstrase á la vista á todas las almas poéticas, como la revelacion, digámoslo así, de los misterios de lo pasado, y despierta en los corazones entusiastas la esperanza de una restauracion social, fundada en las ruinas todavía en pié de la civilizacion cristiana de la Edad-media.

El arqueófilo no va ya á buscar en las entrañas de la tierra, en las cimas de los montes y en los escombros de los antiguos monumentos la fecha de un suceso famoso, el nombre de un personaje importante, la exactitud de una tradicion piadosa, áun cuando estos y otros curiosísimos datos pueden hallarse en tales sitios, escondidos en ruinas y sepulcros; no, le impulsó un sentimiento más alto, va á leer en páginas de piedra las creencias y sentimientos de las generaciones pasadas. Embellecida por la majestad de los siglos y por la dulce melancolia de los recuerdos, la ciencia arqueológica, de árida y espinosa que ántes era en el seno del clasicismo, convirtiósese en deleitosa y popular bajo la influencia del arte cristiano, dando á la literatura y á las costumbres nuevos elementos de belleza y de vida, gérmenes fecundos de restauracion social.

El aspecto de las ruinas en los monumentos cristianos, y el silencio profundo que hoy reina en aquellos sitios venerables, conmueven de tal manera el espíritu y hacen palpitar el corazón con tan dulces y nobles sentimientos, que nada es capaz de resistir el cúmulo inmenso de dolorosas reflexiones que asaltan la mente é imprimen en el alma inolvidables recuerdos. Allí se escucha el clamor que á través de los sepulcros profanados nos transmiten los siglos que pasaron, y bajo el polvo de las devastaciones se siente todavía latir el piadoso corazón de las sociedades cristianas.

En vano la ignorancia y los odios impíos allanaron las moradas del

recogimiento y la oracion; en vano derrocaron los monumentos de las artes, y con la piqueta demoledora y la incendiaria tea cubrieron de sagradas cenizas y vergonzosas ruinas el suelo que ocuparon un dia los que fueron emporios de la virtud y de la ciencia; en vano, en fin, procuraron sepultar bajo esos escombros las gloriosas tradiciones de nuestra patria católica, y con infernal malicia rasgaron una tras otra las páginas preciosas de los antiguos cronicones. Las abandonadas ruinas, las aventadas cenizas y los mismos sitios donde estuvieron los destruidos monasterios, bastan, con su triste y mudo lenguaje, á transmitirnos los recuerdos venerables de las combatidas instituciones, y á estampar en nuestro espíritu, con caracteres indelebles, las fecundas y saludables lecciones de los tiempos que representan.

Más dicen á nuestro corazon los dispersos fragmentos de la sencilla tumba y las cenizas que cubren las rotas inscripciones en un claustro abandonado, que los deslumbradores espectáculos de las grandes poblaciones y los brillantes atavíos de la cortesana moda. Más aprende nuestro espíritu en esas rudas leyendas que tapizan los muros y el pavimento de la iglesia bizantina ó gótica, que en todos los periódicos que diariamente vomitan las prensas europeas; y más sanas impresiones recibimos meditando sobre las ruinas y los escombros, que escuchando las lecciones insensatas de los filósofos racionalistas. Mirada á esta luz la ciencia arqueológica, ¿quién dudará de su importancia para restaurar en la sociedad moderna las ideas y sentimientos de los siglos cristianos? Adviértase que no se trata de formar sabios, para lo cual se exigiria mucho tiempo y costosos sacrificios; trátase de iniciar á las almas sensibles y cristianas en los misterios de las ruinas, enseñándoles el alfabeto, por decirlo así, de su poético lenguaje; trátase de cultivar en el corazon de los pueblos el sentimiento puro y elevado de la belleza artística, amortiguado por las corrientes de la civilizacion moderna.

¿Cómo podrá conseguirse este resultado? ¿Cuáles serán los medios por que pueda conseguirse? Cuestion importante es esta, sobre la cual discurriremos en el artículo inmediato.

V.

Una de las mayores dificultades para introducir y propagar estos estudios en España, es la escasa afición que hay, aún entre las personas cultas, á la lectura de libros doctrinales. El público que compra y lee estos libros es tan escaso, que no basta á sufragar los gastos de publicaciones artísticas. A excepcion de algunas obras

costeadas por el Estado, y, por lo tanto, excesivamente caras para ser adquiridas por los particulares, apenas puede decirse que las prensas españolas, tan fecundas en multiplicar las creaciones de Paul de Kock, han dado á luz en estos últimos años de restauracion artistica obras verdaderamente fundamentales, donde pudiera formarse el gusto del público en materias arqueológicas. Aun algunos que pasan por doctos, cuando tratan de ellas, suelen darnos por original lo traducido, y no será extraño que por decir novedades reproduzcan en castellano las diatribas de los franceses contra los monumentos artísticos de España.

Bien se comprende que en estas condiciones, cuando todo está por hacer, ó, mejor dicho, cuando al trabajo de edificar hay que añadir el de limpiar el suelo de ripio, no es fácil cultivar en España los estudios arqueológicos, ni mucho menos popularizarlos en el sentido de que hablamos en el artículo anterior, por medio de libros y publicaciones de este género. Tales trabajos corren, entre otros peligros, el de caer en manos, ó de personas doctas que los desdennan por elementales, ó de ignorantes que por desconocer su objeto los relegan al olvido. Para que estas semillas produzcan frutos sazonados, es preciso, ante todo, que caigan en buena tierra, y la tierra se hace buena y fecunda trabajándola un día y otro con el arado de la enseñanza, que abre su seno á las aguas de la sana doctrina y á los rayos de la verdadera ciencia.

Dicho se está que no nos referimos á la enseñanza superior, sino á la elemental; que para aprender, como ántes dijimos, el abecedario de las artes, basta muy escaso esfuerzo en maestros y en discípulos. Pocas lecciones son suficientes para despertar en el corazon de la juventud el santo fuego del entusiasmo artistico, y al calor de este entusiasmo iniciar á los jóvenes en las manifestaciones de lo bello en la naturaleza y en el arte. Siendo, por otra parte, la *estética* una rama de la filosofía moral, y la historia de las bellas artes otra rama importantísima de la historia universal, estos estudios capitales, que forman parte esencial de toda educacion sólida, preparan muy bien el campo de la inteligencia para recoger y hacer fecundas las semillas de la enseñanza artistica.

Nos hemos fijado en la juventud con especialidad, porque como no se trata de formar sabios arqueológicos, sino hombres de buen gusto que amen las artes con noble y generoso espíritu, esta edad, mejor que otra ninguna, se presta á la educacion del corazon, necesaria para adquirir el gusto de las cosas bellas y de los monumentos artísticos. ¿Quién puede dudar que la juventud es inclinada á los

placeres? ¿Y dónde hay placer más puro que el que causan al alma las obras artísticas, donde brilla majestuosa y serena la luz de la belleza increada? Nadie puede desconocer esta verdad, sin ponerse en contradicción con la experiencia y el sentimiento de todos los hombres, porque desde los filósofos griegos hasta los doctores católicos, desde el artista más eminente hasta el hombre más refractario al arte, todos están conformes en afirmar que al concepto de belleza, fundamental en el arte, acompaña el concepto de un gozo purísimo en que descansa el ánimo. Por esto Santo Tomás definió la belleza diciendo: «á aquello llamamos bello, cuya percepción nos produce deleite. *Pulchrum dicatur id cuius ipsa apprehensio placet.*

Ahora bien; si según la filosofía que podemos llamar universal, la belleza de las cosas es la propiedad de las mismas en virtud de la cual su conocimiento engendra deleite en nuestro ánimo, y el arte es la expresión de la belleza ideal bajo una forma creada, claro está que el estudio de los monumentos artísticos va acompañado de purísimo gozo en que se recrea el alma y en que se aquilatan y dulcifican los sentimientos del corazón. En este sentido, la arqueología, sobre todo la cristiana, puede servir para contrarrestar la influencia perniciosa del positivismo moderno, que no ofrece al hombre más que placeres materiales, en que se corrompa y embrutezca, como los animales que nacen para la tierra y en la tierra cumplen su destino, sin levantar los ojos á los esplendores del cielo.

El hombre, criado para más nobles fines, no ha de pensar sólo en satisfacer las necesidades del cuerpo, que envejece y muere como las plantas; ha de poner más alta la mira, y á través de las cosas materiales que le rodean, descubrirá los reflejos de aquella celeste morada, que nuestro Fray Luis de León bosqueja con admirables rasgos cuando decía:

«Aquí vive el contento;
aquí reina la paz; aquí sentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado,
de glorias y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.»

Así el arte, por medio de sus obras, donde se reflejan los rayos de esta luz pura del cielo, contribuye á la educación de los pueblos. El artista tiene una misión muy alta que cumplir, la de levantar los

corazones á la region de la verdadera belleza; pero cuando el artista contemporáneo, arrastrado por la corriente de la sensualidad, se precipita en los horrores del materialismo, entónces, sólo el arte de otros siglos más nobles y fecundos, sólo los monumentos que son patrimonio de la arqueología, pueden llenar este vacío en la educación de los pueblos. Sobre las ruinas y los sepulcros lloran éstos sus pecados y sus apostasías; y allí aprenden á ser otra vez grandes y gloriosos por el camino del arrepentimiento.

Véase, sólo apuntados, algunos de los frutos de este estudio que recomendamos. El que los desprecie como antiguallas que á nada conducen, ni nada enseñan, que rasgue los retratos de sus antepasados, haga cenizas los objetos á que va unida la memoria de sus padres, niegue al hombre los deleites purísimos del alma, que se goza en la contemplación de las cosas bellas, y, por último, que desmienta la tradición universal de los pueblos que han vinculado sus glorias en los monumentos artísticos. No es esto decir que semejante estudio sea indispensable ni necesario á todo el mundo. Muchas gentes hay en quien no se nota la falta de no saber leer ni escribir, circunstancia que en persona medianamente educada sería de todo punto censurable y hasta vergonzoso. Pues lo mismo decimos de la lectura de los monumentos artísticos; hay personas que por su condición, su clase, su vida no tiene nada de extraño que no sepan el abecedario del arte; pero esta ignorancia, que no llega á ser falta en esas gentes, lo es y muy grave en los ilustrados y cultos. Sobre este punto discurriremos, Dios mediante, en el artículo inmediato.

VI.

Al estudiar el renacimiento del arte cristiano en nuestros días, debido en gran parte al cultivo de la arqueología religiosa, obsérvase que los que toman parte más activa y eficaz en esta empresa son los sacerdotes católicos y los nobles y príncipes, como si la religión y la nobleza estuviesen particularmente interesadas en levantar las ruinas de los monumentos de la Edad-media. Y así es, en efecto: la Iglesia, para despertar los sentimientos piadosos en el corazón de los pueblos, y la nobleza, para restaurar sus heroicos blasones, patentes de sus glorias, procuran vindicar el arte de los ultrajes que ha recibido de la revolución moderna, enemiga común de príncipes y de pueblos.

Tanto las obras doctrinales sobre la filosofía del arte, como las dedicadas á historiarle, que más mérito é influencia tienen en esta

restauracion de que hablamos, son debidas al clero y á la nobleza de los países en que estos estudios se cultivan. El insigne jesuita Jugmann en su libro sobre *La Belleza y las Bellas Artes*, traducido á nuestra lengua por el Sr. Ortí y Lara, ha sentado con solidez admirable los fundamentos de toda investigación fecunda sobre la naturaleza de lo bello y sobre sus manifestaciones en la naturaleza y en el arte, y el sabio conde de Grimaüard de Saint-Laurent, en su *Guide de l'Art Chrétien*, ha trazado con vigoroso y seguro pincel el cuadro magnífico de los monumentos cristianos desde las oscuras galerías de las Catacumbas hasta las aéreas agujas de las catedrales góticas.

Y citamos estas obras entre otras muchas, porque son las que tenemos más á mano; que no acabaríamos en una hora si nos propusiésemos citar una por una las que, debidas al clero y á la nobleza, han salido en estos últimos tiempos de las prensas de Francia y Alemania, de Italia é Inglaterra. ¿Quién desconoce los trabajos del padre Marchi, predecesor del ilustre Rossi; los del jesuita Garrucci; los de Bourasé, Peyre, Baelden, Montalambert, Rio, y tantos otros sacerdotes y nobles que con afan indecible han cultivado y cultivan estos estudios hasta llegar á hacerlos por fortuna, principio esencial de toda educacion científica y cristiana?

Ahora bien; ¿qué significa este hecho, esta predileccion que la Iglesia y la nobleza tienen hoy en dia por los estudios arqueológicos? Ya lo hemos dicho ántes; pero no nos cansaremos de repetirlo; significa que la arqueología cristiana en nuestros tiempos es algo más que un tesoro de noticias históricas; es la historia viva de nuestras grandezas pasadas; es la patente de nuestro glorioso abolengo; es la base secular de nuestras instituciones, salida de las ruinas, para servir de cimiento á la restauracion futura. En este sentido el clero y la nobleza toman parte tan activa en el renacimiento del arte cristiano, contribuyendo con sus luces y sus trabajos, y la última con su dinero, á desenterrar de los escombros, causados por el vandalismo moderno, las piedras sagradas del edificio de nuestra civilizacion cristiana.

Este hecho inconcuso enlázase directamente con el asunto de que tratamos, pues en estos países donde el clero y la nobleza cooperan tan eficazmente á la restauracion del arte cristiano, la enseñanza de la arqueología ocupa un lugar muy distinguido en los programas de estudios de los seminarios eclesiásticos y de los colegios y universidades civiles. En Francia, sobre todo, la arqueología religiosa es asignatura á que se concede grande importancia en los semina-

rios conciliares. Las obras de arqueología de Bourassé y Oudin están dedicadas á este objeto. Baelden es catedrático de esta asignatura en el colegio de Turnes, y Gaborit en el seminario de Nantes. Sólo así se explica el movimiento artístico-cristiano de Francia, donde además de innumerables restauraciones de iglesias antiguas, devoradas por el tiempo ó por las revoluciones, se han levantado en los últimos veinte años más de 2.000 templos góticos, algunos de ellos de tal magnificencia, que no desmerecen al lado de las catedrales de la Edad-media.

En España, todavía, por efecto sin duda de nuestras continuas guerras y desgracias, no hemos entrado en este movimiento, más necesario, si se quiere, aquí que en otros países, por lo mismo que nuestras obras artísticas son esencialmente religiosas. Nuestras iglesias, á pesar del naufragio espantoso de que hablamos á su tiempo, en que perecieron insignes monumentos de los siglos cristianos, tan ricas fueron en joyas artísticas, que aún conservan algunos estimables restos de su grandeza pasada. En aldeas bien humildes, en el fondo de sierras casi inexploradas, hemos visto objetos artísticos que no desdejarían en las salas de un museo régio. En el rincón de una capilla, en un desvan impenetrable, en un subterráneo fúnebre, ¿quién sabe dónde? pudieron librarse estos objetos de la borrasca revolucionaria, y ahí están en las iglesias desmanteladas, como despojos de un buque en una playa desierta.

De aquí la necesidad que los párrocos, como custodios de sus iglesias, aprecien el mérito de estos monumentos artísticos, para que sepan sustraerlos á la rapacidad de los arqueólogos de industria, que los persiguen con el celo de su codicia insaciable. Para esto no es necesario que los sacerdotes sean tan sabios arqueólogos como Marchi ó Garrucci; nada de eso: basta que conozcan los objetos artísticos por su fisonomía exterior, por su aspecto general, como calculamos todos por la cara de una persona su edad, su salud y hasta su carácter, sin ser por esto ni médicos, ni fisiólogos.

Para adquirir este conocimiento, basta con un curso de lección semanal, en el que se aprenda á grandes rasgos la historia general del arte, estudiado en sus monumentos. Iniciado el discípulo en el lenguaje del arte, la práctica de ver en museos y en iglesias, en libros y en cuadros, objetos artísticos, hace lo demás; y á poca costa, sin ningún sacrificio, ántes con gozo y provecho del ánimo, llega el jóven seminarista á poder apreciar por sí mismo el valor arqueológico de los monumentos artísticos que han de confiarse á su custodia, cuando llegue al sacerdocio y á la cura de almas. De este modo,

no sólo se conservarán los restos de nuestro patrimonio artístico, sino que se conservarán dignamente.

Recordamos que no há mucho tiempo visitábamos la iglesia de un pueblo muy humilde, cuando en un altar, escondido en el fondo oscuro de una capilla, tropezamos con un crucifijo de marfil, primorosamente ejecutado. El crucifijo estaba intacto, pero cubierto de polvo y envuelto en telarañas. Al verle, como era natural, prorumpimos en los mayores elogios; era una joya artística en toda la extensión de la palabra. El párroco que nos acompañaba se apresuró á pedir explicaciones sobre el mérito de aquella escultura, y cuando le hubimos dado las que en nuestros humildes alcances eran posibles, el buen sacerdote casi se enternecía de gozo, considerando que su iglesia era dueña de obra tan notable. Inútil es añadir que el crucifijo salió de su rincón y perfectamente custodiado yace hoy en el altar mayor de la parroquia.

Este hecho, como otros varios que podríamos citar, prueban la conveniencia, si no la necesidad, de que en nuestros seminarios se estudie la arqueología sagrada, como se hace en los de otros países católicos. No somos nosotros quien podemos aconsejar á los Prelados ni sobre ésta ni sobre ninguna otra materia lo más conveniente; pero acatando y reverenciando su juicio, nos permitimos hacer estas observaciones, que no tienen otro valor que el que pueda darles nuestro deseo de ver conservados dignamente los restos de nuestros monumentos, en que están simbolizadas las glorias del catolicismo en España. Nos consta, además, que algunos prelados piensan en esto, y aún nos parece que en algun seminario se ha dado algun paso en este terreno.

La empresa es fácil; los medios para llevarla á cabo sencillos; el resultado será glorioso. Quiera Dios que se realice pronto, para que en el magnífico edificio de la restauración católica que se está levantando en Europa, entren las piedras sagradas de nuestros monumentos destruidos á darle solidez y hermosura, como restos que son de nuestra grandeza pasada.

VII.

Conveniente será, repetimos, que en nuestros Seminarios eclesiásticos se establezcan cátedras de arqueología, para que nuestros párrocos sean, á la vez que curas de almas, custodios celosísimos y

competentes de los escasos restos de nuestros monumentos artísticos, preservados en las iglesias del espantoso naufragio de la revolución moderna. Pero aún debemos aspirar á otra cosa; debemos procurar que en la segunda enseñanza, que forma como la educación fundamental de todos los que se dedican á las carreras literarias, se establezca esta asignatura, bastante más recreativa y provechosa para la juventud que las matemáticas y la fisiología.

En la aglomeración de asignaturas que forman la segunda enseñanza, la parte principal se concede á las ciencias exactas y naturales, de tal modo, que hasta hace poco tiempo se estudiaban cuatro cursos de matemáticas de los cinco que componían todo el bachillerato en artes. El afán de educar á todo el mundo para ingeniero y hacendista ha inspirado estos planes de enseñanza, de todo punto descabellados y absurdos, pues los jóvenes en la edad en que reciben la segunda enseñanza, ni pueden aprovechar los cálculos fríos y astruosos de las matemáticas, ni soportar la variedad de sistemas, de fenómenos, de experimentos de las ciencias físicas, hoy más que nunca complicadas por los continuos adelantos y descubrimientos de los sabios. A todo lo más á que debe aspirarse en esta enseñanza es á despertar en el ánimo de los jóvenes el amor al estudio, al trabajo, á la lectura de buenos libros y á cosas altas y nobles, como son las verdades fundamentales de todas las ciencias, y especialmente las que se derivan de la moral y de la religión. Aspirar á otra cosa es locura, es formar jóvenes pedantes que presumen de saberlo todo y no saben de nada, jóvenes inútiles para todo estudio sério y profundo.

Ahora bien; en esta gimnasia del corazón más bien que del entendimiento; en esta educación de las inclinaciones y gustos de la juventud; ¿qué estudio más recreativo puede dársele y que más levante su corazón y su inteligencia hácia la región purísima de la eterna Bondad y absoluta Belleza que el del arte cristiano en el sentido arqueológico que damos á esta palabra? Mejor que los inextricables cálculos de la álgebra se grabarán en el ánimo de los jóvenes las formas bellas de las producciones artísticas, y mejor aún que en los descarnados relatos de los historiadores, se acostumbrarán á estudiar las grandezas de los pasados tiempos en las páginas de piedra de los monumentos de todos los pueblos.

La lengua latina, que abre la puerta á todos los demás estudios literarios, la geografía, la historia, las mismas matemáticas en lo que tienen de más bello, la filosofía y la religión, casi todas las asignaturas que hoy se cursan en la segunda enseñanza, hallarán en

los estudios arqueológicos campo fecundo en que ejercitarse, proporcionando á todas ellas los atractivos y gracias de las bellas artes.

Sólo Dios sabe lo que ganarian con esto nuestros monumentos artísticos, amenazados de completa ruina por la impiedad y por la ignorancia. Y aún se conseguiría más, porque con el estudio, siquiera fuese superficial y ligero, de los monumentos antiguos, se mejoraría el gusto moderno, y las artes recobrarían nuevo lustre y esplendor. Pero se nos dirá: ¿Qué cátedras de arqueología ó de bellas artes existían en las antiguas universidades cuando brillaba en todo su apogeo el genio de nuestros artistas, cuando se cubría España de monumentos como un campo de flores, cuando todas las artes rivalizaban en conmemorar con obras imperecederas las glórias de la religión y de la patria?

La contestacion es sencilla despues de lo que llevamos dicho. La arqueología, en el concepto que hemos dado de esta palabra, es como una medicina de las artes, un revulsivo, si nos es lícito hablar así, aplicado al corazon de los pueblos modernos para que afluyan hácia la region de la belleza los sentimientos que hoy corren en pos del sensualismo revolucionario. En este sentido se comprende muy bien que la sociedad cristiana, en que florecieron las artes, no necesitase de la arqueología ni de la *estética*; «rica en poesía, como ha dicho un autor, no se detiene á reflexionar en su propia belleza, porque la posee al modo que un hombre sano goza de su salud sin advertirlo. Sólo despues que la belleza se ha perdido, es cuando se la busca de intento ó se la construye filosóficamente;» entónces nacen la arqueología y la *estética*.

Ya sabemos que la regeneracion definitiva de las bellas artes depende esencialmente de la regeneracion de la ciencia, de las costumbres y de la piedad; pero tambien es cierto que entre estos elementos de restauracion y las artes existe accion y reaccion continua; y que si á la sociedad toca levantar la inspiracion de los artistas con sus buenas doctrinas y sanas costumbres, á éstos corresponde levantar con sus obras el corazon de los pueblos hácia la región purísima de la verdadera belleza.

Terminaremos estas observaciones con palabras de Jugmann: «Las bellas artes, dice el sabio jesuita, pueden contemplan con noble orgullo sus pasadas glorias; y si esto es así, como lo es (segun la arqueología lo enseña), sólo el que reniegue de la humanidad puede rehusarles un porvenir igualmente glorioso. A la verdad, de algunos lustros á esta parte comienzan á verse señales de él: en la pintura y en el canto se manifiestan nuevamente mejor espíritu y

tendencias; tiempo vendrá en que las artes todas se vean renovadas; entónces arrojarán flores y llevarán frutos como en los buenos tiempos, cuando sean cultivadas por generaciones creyentes.»

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

INFORME DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

EN VINDICACION DEL CABILDO ECLESIASTICO DE TOLEDO.

Con verdadera complacencia insertamos en esta Revista el autorizado y oportuno documento, de fecha reciente, que sigue á continuación, para que nuestros lectores vean así la ligereza de la calumnia á que se refiere, como lo solemne y decisivo del desagravio:

«*Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.* — Excelentísimo señor: Recientemente han visto la luz pública en varios periódicos de esta corte diferentes artículos, en que tomando sin duda por base las aseveraciones de un ilustre extranjero, que más de una vez ha viajado por España y visitado con interés los monumentos de Toledo, se denunciaban desperfectos de bastante importancia en las entalladuras y ornatos de la sillería del coro de su famosa Catedral, atribuyéndolos á falta de esmero y cuidado en las personas encargadas de su custodia y conservacion, y áun dejando adivinar intenciones y propósitos deliberados de permitir algunas mutilaciones con fines interesados y punibles; hánse publicado asimismo con cierta repetición é insistencia noticias de sustracciones, desapariciones y ventas, ya clandestinas, ya francas y descubiertas, de alhajas y objetos destinados al culto, y de gran valor y aprecio por su mérito artístico y su antigüedad, sin reparar en citar nombres propios de personas constituidas en los más altos grados de la jerarquía eclesiástica, y dignas, no sólo por eso, sino tanto más por sus altas prendas personales, del más profundo respeto. Con dolor y sorpresa advió esta Real Academia arrojar á la maledicencia pública ese sabroso cebo, y recelando desde el principio que pudieran no ser ciertos, ó haber sido al ménos muy exagerados los hechos que se citaban, se propuso averiguar lo que en ellos hubiese de real y efectivo, para formar su juicio é intentar la corrección de los abusos, si los habia, que aún pudiesen corregirse: valiéndose para ello del nume-

roso é inteligente personal de corresponsales con que cuenta en las provincias y los demás medios y recursos que las buenas relaciones de sus individuos ponian en su mano. El resultado de las indagaciones ha sido satisfactorio: los notables é importantes desperfectos que el autor de las noticias supone ocasionados recientemente, por incuria, abandono ó miras interesadas en la rica sillería del coro de la Catedral, son completamente supuestos ó imaginarios; no hay en ella más desperfectos que pequeñas faltas ó roturas de miembros ó partes salientes delicadas, ocasionadas exclusivamente por la accion del tiempo y por los descuidos impremeditados de las personas que la usan, no siempre ilustradas, de los niños de coro, gente bulliciosa, de pocos años, y ningun juicio, y de los encargados de la limpieza y aseo, de cuyas condiciones ordinarias de esmero y pulcritud no es necesario hablar; una pata de un caballo, un trozo de la brida de otro, la moharra de una lanza, alguna pequeña parte de los delicados calados de un doselete ó de un remate: éstas son las faltas que se notan, y éstas de ningun modo recientes, pues académicos hay que recuerdan haberlas observado ya cuando hace más de 40 años frecuentaban como estudiantes las aulas de aquella Universidad. Nada hay, pues, de mutilaciones de figuras ú ornatos, nada que pueda dar márgen á sospechar que intencionalmente se hubiesen arrancado esos fragmentos que faltan, pues por su pequeñez é insignificancia, no podian ser solicitados por nadie, ni hubiesen podido servir para dar una idea del estilo ni del mérito de la obra de que formaron parte.

Nada falta tampoco de cuanto existia años há en el depósito de relicarios, joyas, alhajas, vasos sagrados, ropas, ornamentos y demás objetos destinados al ornato y servicio del templo y á los usos del culto; y en cuanto á la venta que se supone hecha de un cáliz y un báculo de antigüedad respetable y mérito singular, la Academia, sin haber entrado en averiguaciones oficiosas, ajenas á su carácter y atribuciones, cree poder asegurar que serán tambien supuestas, ó si se han realizado habrá sido respecto de objetos de insignificante valor, pues no se puede creer que un Prelado tan venerable, é ilustrado corresponsal de esta Academia, vocal de la comisión provincial de monumentos, que con mucho gusto asiste á sus sesiones cuando está en Toledo; que tantas pruebas tiene dadas de su amor á las artes y de su interés por la conservacion de cuanto á ellas pertenece; que de su propio peculio restauró la capilla del palacio arzobispal de Valladolid, restableciendo sus artesonados, un magnífico retablo y dos tablas de gran mérito; que ha librado de la

ruina la armadura y cubiertas de la famosa sinagoga llamada del Tránsito; que con sus propios recursos ha evitado que se venga abajo toda la armazon de sillería de gusto ojival de una de las grandes vidrieras de la nave del crucero de la Catedral; que ha atendido con tanto celo á las reparaciones de las bóvedas de la famosa capilla relicario llamada el Ochavo, en cuanto supo que podían sufrir detrimento los frescos que en ella existen, haya sido capaz de vender, áun cuando fuesen exclusivamente de su propiedad, esos objetos artísticos que tan preciosos se suponen.

Lo que sucintamente queda expuesto, cree la Academia que basta para demostrar lo exagerado de las aseveraciones de Mr. Robinson y lo gratuito de las suposiciones que sobre ellas se han fundado, infiriéndose, por el contrario, que hay celo, esmero é interés en la Comision provincial, en el Cabildo eclesiástico y en el digno Principe de la Iglesia que hoy dirige la diócesis.

Pero como quiera que la ofensa que á todos estos dignatarios se ha hecho sea pública, justo y debido cree la Academia que encontrará V. E. el que la reparacion ó vindicacion sea pública tambien; por eso se dirige á V. E. hoy para rogarle que si en ello no viesse inconveniente, se sirva disponer que esta manifestacion se haga pública por medio de la *Gaceta* y diarios oficiales, acompañada de una orden de ese alto Centro que así lo disponga.

Así lo espera la Academia de la benevolencia de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años. Madrid 30 de Enero de 1878. — El Director, Federico de Madrazo. — Eugenio de la Cámara, Secretario general. — Excmo. Sr. Ministro de Fomento.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA (1).

(Núm. 63. — 17 de Octubre de 1873.)

GUERRA Á MUERTE.

Si en esta desgraciada nacion; si en la patria de los Padillas, Lanuzas y Carvajales; si en el país de los cántabros, iberos y lusitanos, país de tantas epopeyas gloriosas y de tantos ilustres

(1) Véanse los números anteriores.

ciudadanos, aún no se ha perdido el instinto de conservación, el amor á la libertad y la idea de independencia; si en España aún habitan los españoles; si, en una palabra, corre por nuestras venas la sangre de nuestros abuelos y tenemos en algo nuestra dignidad y nuestra honra, ¡pueblo español, despierta!; despierta celoso, y derriba ese miserable edificio de tiranía plebeya; despierta, que harto duermes y no ves las cadenas que te forjan tus miserables verdugos; tú que luchaste nueve siglos consecutivos contra una raza invasora, muchos otros contra diversos pueblos vandálicos que se disputaban la feracidad de tu suelo y tus inmensas riquezas; tú que admiraste el Oriente con tu fe y con tu hidalguía; tú que hiciste que un mundo nuevo abriese sus horizontes á la civilización del Continente con la sobrehumana conquista de aquellas tierras; tú que has dado al mundo tantos ejemplos, y á tu historia tantas glorias, hoy te encuentras envilecido, esclavo y tiranizado, por una chusma, por una pandilla de mercenarios y de comerciantes políticos; tú que atesorabas tantas virtudes cívicas, que humillaste en el polvo la arrogancia de los imperios, consignando en las tradiciones de tu raza Numancia, Sagunto, Gerona, Zaragoza; tú que hiciste bajar la cerviz ante tu indomable fiereza, á tus reyes, tus nobles y tus magnates, hoy te ves deshonorado, escarnecido y pobre, abatido y miserable, mendigando tu libertad y tu existencia á una pandilla de traficantes y de perjuros apóstatas, sin conciencia de tus derechos, sin conocimiento de tu fuerza, esclavo de tu ignorancia, postrado y sumido en vergonzosa impotencia; despierta, sí, y rompe para siempre esa ignominiosa cadena; derriba esos altares que forjó la idolatría y tu debilidad; expulsa de tu glorioso suelo á esos plebeyos endiosados que intentan, confiados en tu indiferencia, explotarte y hacerte esclavo. ¡Ó ahora ó nunca!; aún tenemos levantada en Cartagena la bandera de redención. Á luchar, pues, y á afirmar de una vez en nuestra patria el único organismo político que puede regenerarla y asegurar la libertad que tanto hemos amado siempre, la única solución también á los males que nos agobian y el único remedio para evitar nuestra deshonra ante la Europa y el mundo.

Españoles, ya no hay dilema; nuestra apatía, la debilidad é impotencia de los partidos medios y la suma de faltas y errores cometidos por los que se tomaron el cargo de administrar y gobernar nuestra patria, han hecho posible que todo el oro de la reacción de Europa fomenté y nutra una guerra civil que nos aniquila y nos avergüenza; el carlismo alimentado por la legitimidad de todos los países del continente, nos pone en perspectiva la inquisición y el

predominio de la teocracia del papa; y es seguro, ciertísimo, que son impotentes para vencerlos, esos hombres, esos partidos, esas mesocracias, levadura inmunda de nuestra sociedad.

A las armas, pues, y probemos á la humanidad entera que aún hay en España aquella sangre, aquel genio, que hizo tantos portentos en todas épocas, luchando por ella, por su porvenir, por la civilización y por la dignidad de nuestra historia.

¡Viva la República federal! ¡Viva la autonomía cantonal! ¡Viva la Revolución social!—*Antonio de la Calle.*

El vapor *Cádiz* ha quedado abandonado por la escuadra centralista en el puerto de Almería.

Dice el Sr. Lobo que no ha tenido ninguna baja en la gente de su escuadra.

Entonces, ¿por qué se retira vergonzosamente?

¿Por qué no nos hace frente? Nosotros tiramos confites.

En el día de ayer no ha perdido tiempo el *Despertador*, pues merced á su actividad han entrado en este puerto algunas barcazas con comestibles.

También por la parte de tierra, los campesinos de los alrededores han sabido aprovechar la concentración de tropas del general Ceballos.

La Junta soberana de Cartagena ha dispuesto que se abra venta pública diaria en los almacenes de Santa. Lucía hasta mil fanegas de trigo á treinta reales una, con el objeto de que la parte de la población que no se encuentra racionada por la Intendencia general del Cantón, no falte el suministro diario del comercio de esta plaza: lo que participamos al público para su conocimiento.

También se han dado órdenes por la Junta para que funcionen día y noche todos los molinos con igual objeto.

Según partes recibidos anoche, el general Ceballos concentra sus tropas abandonando la línea.

De ser cierto este hecho, se explica por alguna marejada en el interior.

Uno de los medios de que se valen para desacreditarnos los periódicos de Madrid, es el de asegurar como cierta, que hemos autorizado en la población seis horas de saqueo.

Pero nosotros en vez de desesperar por tan asquerosas calumnias, nos damos el parabien, primero porque así se descubre su impotencia, y después porque el país, que conoce nuestra historia y nuestros antecedentes políticos, se ríe de tales paparruchas y los coloca en el ridículo más espantoso.

El Gobierno de Madrid está atravesando en la actualidad una crisis terrible.

Por un lado, el Sr. Salmeron, aprovechando el disgusto que se siente en el pueblo de Madrid; las provincias dispuestas á sacudir el yugo al fijar sus ojos en Cartagena; los carlistas, los alfonsinos, y por último el infame lazo que le entrega con una traición que terminó su historia la noche del veintitres; de todos modos su situación es comprometida, y si no, al tiempo...

Las personas que al separarse de los muros de esta ciudad tienen la desgracia de caer en poder de los centralistas, son tratadas del modo más cruel que suponerse puede: las delaciones falsas, las amenazas y cuantos medios pueden poner en juego los emplean esos dignos sicarios del poder central.

(Se continuará.)

CRÓNICA Y VARIEDADES.

Círculos de obreros católicos.—«*Los Círculos de obreros católicos* establecidos en varias localidades, especialmente en la diócesis de Córdoba, cuyo ilustrado y celoso señor obispo, P. Fr. Zeferino Gonzalez, procura extenderlos y arraigarlos con su protección, prestan servicio cada vez de mayor importancia. Ya lo es, no pequeño ciertamente, el reunir en un mismo local lleno de atmósfera religiosa é instructiva á una multitud de trabajadores, ántes tal vez abandonados á una soledad des-

esperadora y á la ignorancia; pero allí se tratan entre sí, hablan con los ricos socios protectores; escuchan los consejos de los sacerdotes consiliarios, y poco á poco las pasiones sociales se calman, el odio y la desconfianza desaparecen, restableciéndose entre todos los asociados de diversas clases la comunicacion fraternal é íntima que era la base de la sociedad cristiana. Recientemente se ha fundado en Olot, poblacion importante de la diócesis de Gerona, una Asociacion de artesanos, bajo el patrocinio de la Sagrada Familia, siendo su objeto popularizar la moral junto con la instruccion. La deseamos toda prosperidad, ¿No seria conveniente que estas asociaciones análogas establecidas en puntos tan distantes, se comunicasen entre sí prestándose mutuamente apoyo ó estimulándose, y se rigiesen por unas mismas reglas, al ménos en lo fundamental, ya que se proponen el mismo santo fin?»

Esto dice *La Cruz* del 49 Abril 1878, y nosotros creemos que lo dice con grandísima razon.

Se ha publicado el cuaderno 5.º de *La Civilizacion Católica* correspondiente al 31 de Mayo de 1878. Contiene las materias siguientes:

Carta Encíclica del Santísimo Señor Nuestro Leon por Providencia Divina Papa XIII.— Un censor del Papa Pio IX.— Las alianzas del imperio en 1869 y 1870.— De la inmensidad divina.— Del origen del hombre segun la ciencia y la revelacion.— De las elecciones populares en la Iglesia.— Del conocimiento sensible.— Revista de la prensa italiana. I. Una cuestion lombarda y una cuestion piemontesa, cartas al amigo T. del sacerdote *Aquiles José Ruffoni*, párroco preboste de Castelleijo Ticino.— II. Opúsculos de *Monseñor G. M. Telloni*.— III. San Hugo, caballero Hospitalario de San Juan de Jerusalem y la Encomienda de San Juan de Pré.— Bosquejos histórico-criticos por *Vicente Persoglio*, prelado doméstico de Su Santidad, Rector de la parroquia de patronato de San Torpete en Génova.— IV. La judáica *Libertad* y la Encíclica papal.— Bibliografía.— Crónica contemporánea.— I. Asuntos de Roma (números 669 y 670).— II. Asuntos de Italia.— III. Asuntos extranjeros.— Cuestion de Oriente.— IV. Rusia. (Correspondencia).— V. Prusia (Idem).— VI. Suiza (Idem).

ADVERTENCIA.

En el cuaderno anterior, núm. 485 de esta REVISTA, hay las erratas siguientes, producidas involuntariamente en la imprenta al tiempo de verificar el ajuste:

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
271	31	pantesistas	panteistas
274	23	<i>embronaria</i>	<i>embronaria</i>
276	16	geoflexible, el psicologismo, puesto en accion la verdad incommetria impleta	geometria inflexible, el psicologismo puesto en accion, la verdad incompleta,
307	2	visible	risible
316	2	descote	escote

Madrid, 16 de Junio de 1878.

Director, C. M. PEBIER.